MANUEL MEDINA BETANCORT

EL HOMBRE
EL MUNDO
DIOS

IDEAS DE COMBATE

MOTIVOS DE ARTE



MONTEVIDEO

...nta «El Siglo Ilustrado», San José 938

1938

DEL MISMO AUTOR:

De la vida (novela) . . . . . (Agotada)

Cuentos al corazón, 3.ª edición . ”

Almas y pasiones (cuentos) . . ”

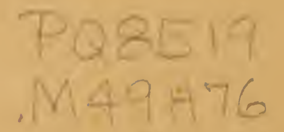
Meditaciones. Biblioteca Ediciones Mínimas. Buenos Aires.

Una voz que canta (poesías).

A aparecer próximamente:

Cuentos de Otoño.





EL HOMBRE
EL MUNDO
DIOS

MANUEL MEDINA BETANCORT

EL HOMBRE
EL MUNDO
DIOS

IDEAS DE COMBATE
MOTIVOS DE ARTE

MONTEVIDEO
Imprenta «El Siglo Ilustrado», San José 938
1938

Parábasis.

He aquí un libro sobre cuestiones trascendentales: el Hombre, el Mundo, Dios, compuesto por un escritor intrascendente El lector encontrará que en él con frecuencia se ha tratado el mismo tema con iguales o parecidas ideas, y que por haberse buscado agotar, en lo posible, el debate o el combate a estilo de los del Quijote de los molinos de viento, por lo desmesurado, lo temerario y quizá por lo inútil,—la obra en la más principal de sus partes da la impresión de conjunto de que unos artículos son derivaciones, secuencias o variantes de los otros. Y si tal cosa puede parecer un defecto — el de la monotonía — en cambio hace resaltar como ventaja para el autor, que ese conjunto guarda una unidad de propósito, trata con armas nobles de combatir el error, el engaño y la falacia, busca el sólo fin de la dignidad humana, y como añadidura, se propone contribuir con una lanza quebrada generosamente en tales molinos, en favor del tan necesitado y socorrido bien común. Esto, sobre todo esto, dependería en mucha parte, ya que algo corresponde a la buena intención, de lo que el libro logre persuadir y conquistar tanto por la fuerza de

los argumentos en él contenidos, como por la eficacia con que hayan sido expuestos y desarrollados.

Hay también aquí y allá en estas páginas algunas prosas que llamaríamos inocentes: reflexiones, impresiones, emociones, breves notas sentimentales o de arte, en fin, polícromas pinceladas literarias que según creemos harán, por contraste, más amena y llevadera la gravedad puesta al libro por los otros temas sobre religión, filosofía, moral, sin duda alguna más macizos y pretensiosos.

La voluntad y la memoria en la perduración de la vida.

En el ensayo "La vida como fenómeno cósmico", Pedro Sonderéguer dice que al manifestarse la vida —la vida como fenómeno cósmico— en el animal (me figuro que se refiere, ante todo, al hombre) trae como medios de perduración, la sensibilidad, la voluntad y la memoria. "Sin la voluntad, afirma, la vida no intentaría huir del peligro y perdurar". A esto habría que objetar que tal condición —no perecer— no debe calificarse como voluntad puesto que voluntad significa autodeterminación, cosa reflexiva, consciente, y la virtud de perduración no es en realidad más que una condición constitucional de la materia viva, una cualidad intrínseca de la misma, ciega e instintiva, y de la que se encontró dotada desde su orígen a fin de que pudiese perpetuarse o sobrevivir a cada cambio de forma expresiva de su ser, de su ser Vida. La voluntad no es un mandato, una ley, un fatalismo, digamos, que es así como se revela el sentido dinámico de la vida de la materia, sino únicamente una fuerza moral creada por la razón del hombre superior, del hombre que a través de una larga evolución, con el auxilio de su inteligencia cultiva-

da y de su experiencia acumulada, se ha formado una conciencia o espíritu, una segunda vida o naturaleza de carácter psíquico, facultad autónoma de la que casi dispone a su antojo y que para infinidad de actos que le son relativos dependen exclusivamente de él. En cuanto a la memoria, el autor parece no reparar en que ella es también una facultad construida, creada en las mismas condiciones por ese ser superior a que nos hemos referido, y que por lo tanto no debe considerarse dentro de los medios propios de perduración que trajo la vida cósmica para su eternidad. La memoria es otra de las maravillosas potencias que a fuerza de constancia y aplicación se hizo para su uso personal ese pequeño dios tan despreciado por ciertas religiones y que se llama Hombre, potencia formada con el rudo ejemplo de la experiencia y la acumulación repetida y continua del recuerdo, aptitud mental adquirida *post Creatio* por medio de la sensación visual, intelectual y física, en una influencia permanente de las mismas cosas y los mismos fenómenos.

Para demostrar que tanto la voluntad como la memoria no son más que creaciones humanas: el hombre mejorando a la Naturaleza, el hombre que después de la Vida es como ser e inteligencia lo más grande del Universo, grande en calidad, — imaginémosnos que de pronto y por cualquier catástrofe o circuns-

tancia (abandonarse, renunciar a su idea de perfección, enfermo de pesimismo, sería suficiente) el hombre retrocediera desde su cultura actual a lo que fué cuando apareció en el mundo: un animal de tantos (con la cantidad de fuerzas negativas como hay no es imposible volver a la bestia) ¿qué sería entonces de la voluntad, de la memoria y de cuántas facultades morales e intelectuales el hombre, entiéndase bien, ha creado por sí y para sí a través de la dilatada y áspera selva oscura que ha debido alumbrar y atravesar con su ingente esfuerzo? ¿Qué sería entonces de esa voluntad y esa memoria de la Vida para perdurar? No creemos que se vayan a considerar como actos de perduración de voluntad y memoria los que realizan instintivamente los animales para existir. Ellos son más bien, o simplemente, una función mecánica o de máquina, a la cual le falta lo principal: la dirección de economía, el sentido de conservación, el ideal de perduración. Sí. El animal es sólo eso: una máquina dotada de determinada acción que andará hasta que el azar del tiempo y de la vida la desgaste y la consuma definitivamente, sin que llegue a tener jamás conciencia de que vive, para qué vive, qué es la vida, cuánto es y cómo es lo que ha vivido, y mucho menos que pueda, como el hombre, aunque más no sea suponer de dónde viene y hacia dónde va.

El pasado, entraña de lo actual.

(Acotación al margen de una lección de José Ortega y Gasset).

Sí. Una generación histórica de un año determinado —de una misma generación física coetánea— vive quince años de gestación y quince de gestión: de los treinta a los cuarenta y cinco y de los cuarenta y cinco a los sesenta, o sea quince años de iniciación y quince de predominio. Esa generación puede ser el pico máximo de un ciclo político, filosófico, social, artístico o económico, ya comprendiéndolos aisladamente o en conjunto parcial o total, o bien puede ser el ascenso,el descenso o el término de cada uno de ellos, según sea el destino que les haya cabido a esas generaciones en las edades. Esto no impide que por encima de "su hora" y aún del ciclo en que se halle comprendida, otro ciclo mayor y otra edad más extensa, determine una etapa de otra característica de mayor importancia (períodos de civilización) en la gran ruta de la evolución humana. Esto prueba que la vida de la humanidad "se hace" mientras ésta la vive en todos los órdenes, o mejor, mientras la va viviendo, porque vivir es acción que anda, que va, que para ser verbo perfecto siempre tiene que hallarse en gerundio; que su naturaleza está constituida por un conglomerado de generaciones físicas e históricas, y que nadie, ningún hijo de hombre que venga

después o detrás debe despreciar lo que estuvo antes, por creer —en su ignorancia de recién llegado— que es él el que, en el sentido de la superioridad, va al frente porque no está detrás, ni viene ni se sostiene de cosa de detrás porque su signo atávico es ver y caminar hacia adelante.

Eslabón de cadena, hilo de malla sin término, problema de lo infinito, nada de su especie le es ajeno al hombre, quieras que no: el pasado por ser su orígen y darle su materia física y su conciencia moral, y el porvenir por llevarlo en sí en potencia, al trasmitir en su minuto-vida el legado ineludible de la perduración. Y siendo también y por lo tanto el presente obra o criatura de lo pretérito, como dice Ortega y Gasset en términos inversos, exactamente: "el pasado, entraña de lo actual", digamos y repitamos a "los nuevos", nuevos porque recién nacen, nuevos en la vida y en la herencia más no en la videncia, pues cuando la generación llega a "ver" porque se ha acabado de hacer, ya en realidad "ha pasado"; digámosles que no sean injustos con sus antecesores al negarles valer y mérito porque físicamente, en el tiempo y en la expresión de las ideas, no son ellos; que no sean ingratos con los que acrecieron con el propio esfuerzo y para su beneficio, el acervo heredado; que aunque su orgullo necio no lo quiera, los que fueron antes los engendraron con su entraña y en su

entraña, con substancia de su sangre y con esencia de su espíritu; que no es posible, que no les es posible, ¡oh hijos tan sin ventura como descastados! evitar al padre, porque pareciéndoles inferior por viejo y poco, renieguen atolondradamente de él!

Placer y dolor.

Placer y dolor son sensaciones desconocidas para la Naturaleza como tal, como materia en sí. Ella es impasible e indiferente. No padece, no goza, no juzga, no tiene sentidos de entendimiento, porque a ella, siendo únicamente energía en perpetua evolución y existencia, sólo le interesan sus creaciones como actos de vida, de su vida, que es la total razón del Universo. En realidad, para la Naturaleza no existe la muerte, pues para ella sólo perecen las formas, nosotros, plantas y animales, que no somos otra cosa que reproducciones al infinito de los maravillosos artificios de que se vale para manifestarse siempre nueva y eterna. El placer y el dolor son propiedades particulares o especiales de los seres organizados, para que ellos puedan dentro de su autonomía de cosas vivas individuales, vivir y sentir su vida, y además gastarla. Es dentro de estas particularidades mecánicas y sensoriales, que la especie humana, como privilegio, calidad o superioridad (fenó-

meno de evolución o de elección) tiene la suerte o la fatalidad de "comprender" con su inteligencia, ese placer y ese dolor que es todo su drama y también toda su grandeza. Por eso es inútil y en definitiva ingenuo, esperar o impetrar de alguien o de algo que confusamente llamamos Dios, bienes o bálsamos, y en instantes de desesperación, maldecir y renegar de ese mismo ente, Señor de todo lo creado, que según lo concebimos, se vuelve, a pesar de toda la sublimidad de que le hemos dotado, pequeño y malo como nosotros y nos hace sufrir cruelmente y sin justificación.

Es verdad que en la distribución de la vida universal al hombre le ha tocado padecer y conocer que padece. ¿Pero es acaso que si nos hubiesen consultado previamente, nos habríamos rehusado a ser lo que somos: naturaleza "vidente", inteligencia consciente (espíritu, alma e idea) para quedarnos, no ya en la materia inerte e informe, que no es vida en acción, pero sí en la "ciega" de los vegetales o en la "muda" de las especies irracionales?

El hombre, vencedor por el recuerdo.

La vida, como una condición indispensable a su eternidad, después de que cada individuo animal o vegetal ha cumplido su destino, to-

do lo borra, lo anula, lo hace desaparecer en el carácter de personalidad y de forma, de cosa calificada o determinada. De manera que como una necesidad *sine qua non* de su existencia, su acción de continuidad, de marcha hacia adelante, es de olvido, de ausencia de memoria, de oposición a la historia. Si alguna imágen debe simbolizar a la Vida, nada sería mejor que una figura de mujer con un vientre en punta como una proa, emergiendo de las sombras sin espaldas ni talones, iluminado el hierático rostro por la luz eterna de lo infinito, sin cerebro para pensar, ni corazón para sentir, ni músculos para darse vuelta.

De los seres de la Creación, el único que tiene memoria, por haberla creado cultivándola, es el hombre. Y es el hombre, ese ser tan frágil y tan desvalido entre todas las inclemencias y acechanzas del mundo, entre todas las fuerzas primarias de la Naturaleza, el único que ha podido hacer frente al sentido cruel de la Vida, oponiéndose a la negación, al olvido, a la anulación del pasado. Obra suya es la memoria, la historia, el recuerdo. Los dioses le dieron la inteligencia como una gracia, o acaso como una curiosidad, o un experimento, o una burla propia de dioses, quizá para ver qué hacía con un juguete tan maravilloso, quizá para verle perecer en forma menos vulgar... Y el hombre, el pigmeo, la pequeña cosa infundida, hizo de la llama azul

una idea nueva de la Vida, más noble, más heroica, más sublime. Mejorando los dones físicos y espirituales se hizo racional, puliendo los instintos se hizo virtuoso, aprendiendo en la experiencia y en su historia, creó un arma poderosa para defenderse del implacable designio de la Vida. El hombre, así, formándose a sí mismo sobre sí mismo, creándose su propio espíritu, se ha hecho un pequeño dios, y si ha de ser al cabo a costa de la duración de su existencia física, bien vale el precio de tener un alma y escapar de la materia para poder soñar.

Con el auxilio de sus pacientes conocimientos, el hombre le ha llevado la cuenta a su implacable madre la Vida, y ya empieza a saber cómo puede defenderse de ella, para no ser su mísero juguete.

El mito de los dioses.

La muerte de los dioses en la imaginación del hombre —que fué donde en realidad nacieron— es cuestión de tiempo, el que le sea necesario para conocer totalmente, por intermedio de la ciencia, los orígenes y las causas del Universo. El Universo, así como es hoy, ha sido el efecto o resultado de la evolución de la materia en las edades del Cosmos, evolución que según el conocimiento que el hombre ya

tiene de ella, seguirá por los siglos de los siglos cumpliendo su destino hasta su resolución definitiva. Es por lo tanto un largo y difícil secreto el que nuestra inteligencia deberá aún revelar. Hay que darle, pues, tiempo para ello, el cual tiempo —¡oh portento!— apenas si ha de poder apreciarse al lado del que ha sido necesario para que ese Universo llegara a su condición actual. Tan maravilloso es el poder de iluminación de ese pequeñísimo fanal que se llama cerebro humano, poder que de acuerdo con el progresivo régimen de perfección de toda la vida orgánica, no es otra cosa que el resultado de ese régimen en el tiempo y en la especial función que le ha sido deparada. ¿Deparada por quién?, diréis, buscando siempre un dios, un hacedor, en fin, un ser o ente todopoderoso a quien adorar, ya que no temer. Pues deparada por la marcha avasallante y en un principio tumultuosa de la formidable fuerza ciega que es la materia, cuyo verdadero origen está, por ahora, más allá del alcance de la investigación del hombre y que por lo que hasta hoy conoce, ni lógica ni imaginativamente da lugar a suponer que pueda tener a un dios, a cualquier ente divinal por causa. Lo único que hay que temer es que esa prodigiosa luz se apague o se desnaturalice antes de que la privilegiada especie que la posee pueda resolver, en su integridad, el gran misterio. Todo ha de depen-

der, quizá, de la discreción con que vaya haciendo uso de ella, y siempre naturalmente que le lleguen a alcanzar los días cósmicos que aún le quedan.

Tanto la idea del dios creador como el ciego rendimiento ante las cosas del Universo que tienen composición, presencia y acción de artículo maravilloso, se deben, en primer término, a las masas primarias del pueblo, a las primitivas formaciones sociales de la especie humana, ingenuas e ignorantes, para quienes todavía el mundo y su espectáculo era un enigma inexplicado y evidentemente de colosal magnitud, que alguien, oculto en alguna recóndita parte, regía absoluto, distribuyendo a su albedrío el bien y el mal, lo áspero y lo agradable, la vida y la muerte, y que por lo uno y por lo otro infundía miedo y respeto, y todo junto traía sumisión y entrega, y a la postre, veneración. Tal fué la raíz de las religiones, tal es la sustancia de éstas, las cuales durarán, así como son, tanto cuanto dure en el hombre el desconocimiento de los verdaderos principios y ese su injustificado y pavoroso miedo, más que a sufrir en la vida, que es lo real y sensible, a sufrir, como castigo (¿castigo de qué?) en la muerte, en una supuesta vida de ultramundo, de última instancia, y a no poder gozar en ella de los infinitos bienes prometidos por el dogma, y que no en-

contró en la medida de su deseo a su paso por la tierra.

Por más que después, en el curso de las generaciones, el hombre iluminado por el conocimiento, por la ciencia —experiencia acumulada— pudiera ver cómo se habían originado las fábulas de las numerosas religiones, la costumbre, la tradición, el sectarismo y aún el poder de dominación obrando siempre sobre la inepcia y la superstición de los grandes protoplasmas sociales, ha arraigado con tanta profundidad dominante en la conciencia humana el mito de los dioses y de las teogonías sobrenaturales, que desgraciadamente para el hombre ese mito se ha hecho consubstancial con su vida y es ya en su desenvolvimiento mucho más que ella, porque ha concluído por suplantarla en su valer y jerarquía sobre la tierra, no sólo sometiéndola insensatamente a sus alucinadas fantasías, sino despreciándola hasta considerarla cosa vil y miserable. A veces, al examinar en visión de conjunto el estado de fanatismo religioso en que se halla sumido actualmente el mundo —fanatismo sectario, litúrgico, fetichista, fanatismo de tribu, pues no es siquiera espiritual o místico — el hombre sereno concluye por desesperar de que su desventurada especie logre libertarse todavía del letal tóxico que lentamente la aniquila y pueda llegar alguna vez a la meta

de perfección y grandeza que trajo al mundo en el gran certámen de la Creación.

Si el hombre primitivo o más lógicamente si el primer hombre que pudo llegar por evolución de su inteligencia al ejercicio de su juicio y razón, hubiese tratado de investigar y conocer las leyes primordiales de la vida en la Naturaleza, sin tener en cuenta a ese efecto si un dios o poder divino pudo ser su creador, como dice Descartes que obró al realizar sus indagaciones científicas no obstante creer en ese dios y en esa creación, — si hubiese ese hombre concebido y empleado tal procedimiento cartesiano, muy posiblemente el ser humano habría sabido hoy mucho más de lo que sabe, se conocería más a sí mismo, su mayor capacidad de razón le haría no solamente más veraz, sino más justo y más moral, y si el conocimiento de las causas y efectos de la vida le podrían traer un aumento de bienestar y mejores condiciones físicas para vivir, la posesión de más grandes y más nobles virtudes morales le habrían acercado mucho más, sin duda alguna, de lo que hoy está, a esa soñada cumbre de perfección espiritual que es ya en nosotros, más que un sueño y un presentimiento, una convicción y un empeño supremo. El sentimiento religioso es de una existencia anterior a la razón, y una vez que ésta alcanzó jerarquía de dirección en el hombre por haber madurado su inteligencia,

que es su máxima virtud, ese sentimiento no debe persistir como poder temporal, como dogma, como doctrina moral y cosmogónica, sino únicamente como emoción espiritual, como ensueño deleitoso, como poesía apologética del Universo. Siendo el hombre, por su facultad de amar y de admirar, por su extrema debilidad frente a las grandes fuerzas naturales, y, a pesar de su inteligencia, y por eso mismo, accesible, conquistable, religioso, — las religiones no dejarán de existir, mas no serían como ayer y como hoy, negativas, fanáticas, aniquilantes, sino que servirían para adorar con fervor lo existente, para extasiarse en las maravillas del mundo, para dar rendidas gracias a las misteriosas potencias que nos pusieron entre esas maravillas como dentro de un jardín encantado, a fin de que en premio de descubrir su misterio, pudiésemos vivirlas y gozarlas por toda la eternidad, realizando así la dicha que prometía el bíblico paraíso terrenal.

Es general el concepto de que el Universo con sus soles, sus mundos y los seres que pueblan nuestro planeta, salieron de donde vienen así como son, así constituidos como están adquirieron desde el primer momento la presencia de grandeza que tienen en unos casos, como en las formaciones cósmicas, o de prodigiosa composición en otros como en los seres orgánicos, y en especial modo en los animales

y de éstos en el hombre, suprema creación de la materia activa, de la substancia vital de que procede cuanto es. Dicho concepto, junto con la ignorancia y el miedo a la muerte y al sufrimiento, son los que han dado pábulo a las religiones y a la creencia de que en las profundidades de los cielos había, como decíamos, en un lugar que no se ubicaba y hecho de una esencia inusitada, un ser supremo omniscio y omnipotente que todo lo engendraba y lo regía con ciencia y grandeza inabarcables, con poder y justicia indiscutibles. Ese era el Dios imaginado, y tanto su esencia como su obra y como sus actos, debían ser para el hombre —aunque el hombre casi siempre se sintiera desgraciado— injuzgables, y más aún: servilmente reverenciables. Sin embargo hoy es fácil, guiados simplemente por la ciencia profana del hombre y haciendo medido uso de ese sentido analítico y especulativo de su inteligencia que se llama razón, que es precisamente lo que le da poder y preeminencia sobre las demás especies de la Creación, comprobar en unos casos y deducir en otros, que tanto el Universo en su conjunto como los seres y las cosas en particular, sin contar al mundo microbiano unicelular, que la Naturaleza quiso mantener invisible acaso como una muestra primaria o acaso como una reserva futura de los reinos animal y vegetal, — tuvieron, unos antes y otros después, su prin-

cipio simple, amorfo, elemental; que los innumerables soles y mundos que constituyen los asombrosos sistemas estelares comenzaron como fuerzas caóticas y una vez cumplida su evolución a ellas tornarán para volver a empezar, en una perpetua marcha ciclar hacia su postrer destino: perecer; y que en un proceso semejante los seres animales evolucionados, de nuestro mundo, fueron primero, quizá, infusorios, amibas, mónadas, protozoarios de forma y función rudimentarias, y luego, siguiendo cada género de individuos la transformación progresiva que le estaba determinada de acuerdo con su substancia original y con el medio en que debía desenvolverse, llegaron a través de diversas metamorfosis, a los complejos orgánicos conocidos y de tipo ya definido, unos más superiorizados que otros por influencia de los factores concurrentes, y cuya máxima jerarquía y perfección se halla —y todo dice que nunca será superada— en el *chef-d'oeuvre* el hombre.

Como si cuanto en el Universo existe estuviese planteado siguiéndose un único plan, un mismo procedimiento y una sola dirección procesal de carácter ascendente y complementario, hasta en otro órden de cosas menos fundamentales y trascendentes que las expresiones de la Naturaleza o del espíritu, como son las que se relacionan con las obras materiales o mecánicas del hombre, se encuentra fá-

cilmente una analogía o semejanza que hace posible el ejemplo cuando se busca demostrar que nada en el mundo ni aún la presuntuosa creación humana, deja de parecerse en su modo de formación y de superación al que tuvieron y tendrán en su tiempo y a su hora las grandės creaciones cósmicas y los admirables sistemas biológicos de los seres organizados. Expliquémosnos. Las obras que proceden del ingenio humano y especialmente las que comprende la nutrida categoría de las máqunas, quizá porque siendo las más útiles se ha aplicado en ellas con más tesón y extensión la facultad de inventiva y todas las conquistas de la ciencia experimental, son las que cuentan con creaciones tan admirables, que por una instantánea sugestión refleja lleva de inmediato a la presencia memorativa del que las contempla por primera vez, la idea de Dios, el recuerdo de que hay sólo un poder, el divino, que hace cosas grandes y tan maravillosas como las cosas del mundo, considerando en definitiva que cuando el hombre produce algo que tiene presencia de obra superior, es porque en el hombre, sobre todo en el hombre, su criatura predilecta —y ningún creyente lo verá de otro modo— se halla infuso y actuante el gran espíritu, la inteligencia suprema. Y como ese espectador —que pertenece al común de las gentes— todo lo tiene supeditado a esta verdad general, para él indiscu-

tible, absoluta, le costará más tarde, con más análisis y más reflexión, pensar y aceptar que esa portentosa máquina que le llenó de sorpresa y admiración era así, no porque el hombre la hubiera fabricado como por vara de virtud, de un golpe o de una vez, o cuando mucho en los días laborables de una semana, como dicen los textos sagrados que hizo Dios con el cielo y la tierra y las criaturas de ésta, sino porque el genio total de la especie humana y no el individuo, un individuo de ella, con una voluntad y una constancia dignas de mejor suerte, fué acumulando poco a poco, de experiencia en experiencia, de generación en generación, de lo menos a lo más, de lo simple a lo complejo, todo el conocimiento aportado por la inteligencia común hácia un mismo fin, hácia una obra determinada de común provecho. La linotipo, la máquina de vapor, la de escribir, la de calcular, la de contabilidad, la radio, el cinematógrafo, la mayor parte de las que accionan por mecanismos eléctricos, por no citar sino las más conocidas, son verdaderas obras de asombro y admiración construidas pacientemente por el humilde cuanto heroico dios de la especie, las que si hubieran aparecido en otros tiempos aciagos para la humanidad, así, de repente, perfectas o completas en todas sus cualidades, muchas de ellas habrían sido consideradas, condenadas y destruidas como obras diabóli-

cas o contrarias a las leyes divinas, a la sagrada idea de que a nadie más que al Dios dogmático le estaba reservada la creación prodigiosa. Si el hombre, pues, libre de toda religión y prejuicio, hiciera un exámen razonado de la experiencia adquirida y de la árdua ciencia que sobre ella ha edificado, no le sería difícil comprobar que todas las cosas del Universo en general y de la función de la vida en particular, siguen por una ley fatal, inmutable, de orígen igual a su substancia, un mismo ritmo, un proceso de evolución similar y en un único sentido o dirección, y que aún las obras del hombre, no obstante ser de artificio, composición deliberada, de inteligencia, y no predeterminada como en la materia en sí, pasan también —posiblemente por ser creación de un ente de la misma procedencia— por una progresión perfectiva o ascendente de análogo desarrollo. Y comprobado esto, poca cosa costará entonces suponer con un gran sentido lógico y con un muy apreciable fundamento, que tanto las grandes creaciones del Universo como hasta las más ínfimas de la vida orgánica, son número, esencia y valencia de una misma unidad; han adquirido cuerpo, forma y grandeza a través de fenómenos de transformación semejantes, y que cumpliendo ineludiblemente sus leyes, continuarán más allá de nuestros días —míseros días— su vertiginoso camino ha-

cia la nada total, sin que por desgracia o por suerte —¡quién lo sabe!— Dios alguno situado por sí mismo o por nosotros antes o después de la materia, pueda evitarlo.

¿Por qué culpar al hombre...?

Si la existencia del Universo se rige por leyes directrices "inteligentes", lo que lleva a las religiones al deslumbrado presentimiento de una potestad divina, al símbolo Dios, hay que convenir con tristeza irremisible, que los bienes o fines de la misma existencia no son para el hombre, que en el caso no sería más que un pobre ser en la Creación, juguete infeliz como todos los que están con él en la Tierra, y que aparte de su mera función de instrumento, no cuenta para nada en los designios superiores que cumplen esas leyes, al impulso de los cuales sigue su curso irrefrenable el torrente de la Vida. Y si esto es así, ¿el hombre debe reverenciar a esa potencia suprema por su advenimiento al mundo, hasta el extremo miserable de despreciarse y negarse a sí mismo, de renegar de su condición y de renunciar a sus posibilidades?

Nuestro concepto humano, que es el límite máximo de todo concepto, ("el hombre es la medida de las cosas" ha dicho Protágoras), conoce experimentalmente, al transcurrir de la vida, qué es el bien y qué es el mal,

o sea el dolor y el placer en sus términos generales. Si al dársele cuerpo y ser en el mundo, se le dotó al hombre de un destino desgraciado, por qué culpar a quien, sin quererlo, lo ha recibido, y no a quien deliberadamente se lo dió? Es en vano argüir —deleznable sofisma, estólida explicación de lo inexplicable— que toda la historia de nuestra materia viva y del espíritu consciente que la gobierna, está más allá de nuestro placer y nuestro dolor, que uno y otro, como lo quieren los exégetas sectarios de los libros sagrados, no son más que despreciables pasiones de la carne temporal, tránsitos de expiación y purificación de nuestros pecados bestiales, hacia una dichosa vida futura en el seno de Dios.

Es por eso que los creyentes en la divinidad, frente a la razón que los confunde con sus demostraciones, frente a la dureza de la existencia y frente también a su desilusión, concluyen por decir que la vida humana no es de este mundo, y para situarse en otro más bienaventurado, crean el alma, no el alma como fulgor del fuego dinámico de la propia vida de cada uno, sino un otro yo, autónomo, vago, imponderado, sin substancia de carne, y según ellos de prístina pureza, de vida eterna, de origen divino; en fin: una cosa ideal, esotérica, indefinible, sin contornos ni fronteras, y a la cual por su misma reconditez y misterio es posible suponerle todos los aspectos

imaginables y atribuirle todas las virtudes que los obcecados detractores de nuestro humilde barro desearían poseer. Demasiado saben que nadie, por cierto, ha de venir en ningún tiempo ni en ninguna forma a desmentirlos, puesto que esa peregrina creatura no es ente de razón, de intelección y de probanza, sino de pura imaginación, de divagación y de embeleco, y que dentro del buen discernimiento únicamente podría ser admitida como fábula, como una bella fantasía para embriagar de ilusión a ingenuos ambiciosos o desconsolados.

Sólo somos en nuestro hoy.

En un breve ensayo, aparecido en los diarios, Ortega y Gasset discurre en su manera tan enjundiosa y elegante sobre "Cómo cambia la vida humana", tomando como punto inicial la confesión de un tenorio que renuncia a ser el amante de una mujer que se le ofrece, porque razona que a los cincuenta años y después de haber sido amante de otras mujeres, ya no le es posible "hacer el amante" no sólo como se debe, sino dentro de un "estado" de amante.

"Los cincuenta años, comenta el autor, significan una realidad absoluta, no porque el cuerpo flaquee o la psique se afloje, cosa que a veces no acontece, sino porque a esa edad se ha acumulado más pasado viviente, se ha si-

do más cosas, y se tiene más experiencia". Lo que quiere decir que el pasado gravita sobre el rehusante, interviene en su vida nueva, negativamente para este caso, y en esa condición influye y toma parte en su yo de entonces. Por este camino, de reflexión en reflexión, apoyándose en hechos personales o generales, en fenómenos sociales o políticos, el filósofo hispano concluye que si en nuestra vida existe pasado, lo habrá como presente y actuando "ahora", en lo actual de ella. "Si analizamos, dice, lo que ahora somos, si miramos al trasluz la consistencia de nuestro presente para descomponerlo en sus elementos, como puede hacer el químico o el físico con un cuerpo, nos encontramos sorprendidos con que nuestra vida, que es siempre "ésta", la de este instante presente o actual, se "compone" de lo que hemos sido personal y colectivamente".

Nosotros, con nuestro modesto juicio, entendemos que, en efecto, el pasado está en nosotros, en el ahora de cada día que vivimos, pero está más influyente o concurrente que actuante, porque nuestro hoy y su ambiente si bien sobre la base o con la substancia del pasado, de nuestro pasado, son en realidad los que actúan y nos caracterizan en el ser, en el acto de ser y en su manera. Vamos viviendo en la vida y en nuestra vida como de viaje, y aunque traemos a ese viaje una persona ante-

rior, sujetos como estamos a las influencias del camino, nuestra vida experimenta sus contingencias y nos va cambiando, sobre esa persona, sucesivamente en otros, a medida que el viaje transcurre y nos modifica física y psíquicamente. De manera que si es verdad que nos sostenemos en el caudal de vida vivida y acumulada hasta la hora de nuestro hoy, el cual nos puede dar una medida de las posibilidades para el porvenir de nuestra ruta, el hoy, con toda su presión circunstancial es principalmente quien nos hace vivir, porque vivimos en acción de presente, nuevos, totalmente como suma, y en última palabra. Yo no sé si Ortega y Gasset quiere hacer de las palabras pasado y presente términos expresivos de cosa en marcha, de función sucesiva, contínua, incesante, segundo a segundo, minuto a minuto, o cuando mucho día a día, a medida que se vive, pues si así fuera, el presente, sobre todo, sería imposible de ubicar, porque apenas si lo habría de tan breve y fugaz. Pero estimando que el notable filósofo hispano no querrá hacer el argumento y la opinión sutilizando tanto el concepto, entendemos que el sentido de presente, al igual que el de pasado, se debe considerar como un lapso de tiempo, con relación al largo de la vida del hombre, de entidad definida y aquilatable no sólo para la ontología sino para el juicio común. En la otra forma, en la de variación

constante, habría poco lugar y materia para poder referirse a la vida actual o presente del humano ser. Se es lo que se es, no lo que se ha sido, porque por más que se pueda provenir de lo que pasó, lo que ya se ha vivido no volvería a vivirse —aunque en un sentido subalterno, de servidumbre, de acervo, de herramienta— si el presente, ejecutor soberano, no lo utilizase. Cuando mucho puede admitirse que el pasado es también nuestro presente, pero en la medida que nos valga o nos pueda servir para la expresión vital de nuestro hoy. Cuando nos referimos, por ejemplo, a un hoy de ayer, a un presente pasado, solemos decir: Cuando yo tenía veinte años, o treinta, o cuarenta, yo era así, yo sentía esto, yo pensaba estotro. De manera que todos, como un fenómeno natural, consideramos siempre que para cualquier época de nuestra existencia, nuestro vivir real, íntegro, único, está en un hoy, en un presente preciso, característico, determinado.

Quizá, ajustados estrictamente al hilo reflexivo que desarrolla Ortega y Gasset de acuerdo con los motivos iniciales de su especulación, nuestra manera de ver se diversifique, tome un rumbo que si bien tuvo el mismo punto de partida y se halla dentro del tema, ha terminado por ser un nuevo aspecto de la influencia del pasado en el presente de todos los días de nuestra vida. Sea o no, de

cualquier manera nos complace que el ilustre maestro nos haya dado motivo para discurrir con él o a causa de él sobre cosas de tanta entidad y belleza.

Simbolismo y decadentismo.

Simbolismo, según lo que predican las más autorizadas capillas de la orden, es hacer difícil el verdadero sentido de las cosas por medio de símbolos y representaciones más o menos complicadas y obscuras, manera o estilo artístico al que los iniciados, con aires de *supers,* califican, en términos máximos, de *hortus conclusus,* eliteísmo, quintaesencia, arte puro, ¡qué se yo! Y sin embargo, más que un arte, el simbolismo, que también se llamó decadentismo, es simplemente un juego pueril, dentro del cual se puede disimular bien la ignorancia, la ineptitud, el cinismo y hasta el desequilibrio mental. Porque el artista, aun estando, en ocasiones, más allá del hombre normal, normal en el sentido de cordura, no debe ser loco en el sentido de incoherente, de incomprensible, puesto que entonces no entendiéndola nadie, y posiblemente ni el mismo autor, su obra ya no es arte sino disparate, y siendo disparate sólo podría servir como dato de clasificación en una clínica de alienados. Y para realizar ese juego de niños, de audaces y de alucinados —el artificioso simbolismo— no es pre-

ciso ser genio, ni mucho menos, como quieren algunos escritores *snobs* que se las echan de críticos de arte, o bien que defienden la clase y calidad de sus propios engendros "para hacerse cartel", esto es, un poco de ruido a su alrededor que a manera de vientecillo o ráfaga los tome de globos y los levante un momento en el espacio público, aunque ese momento tenga la duración de un grito o de un cohete, ya que les sería imposible pretender más con martingalas o artilugios intelectuales de tan poca importancia.

El simbolismo como escuela, o mejor dicho como tesis, parece más que un programa estético, una verdadera *boutade* de cierta "gente de letras" de su país de origen, Francia, que no importándoseles ni un ardite de las más fundamentales conquistas del pensamiento humano, como el raciocinio, la lógica, la ciencia, así como el conocimiento y la emoción artística dentro de ese órden de conquistas culturantes y que ellos llamarán sensatas como desprecio, — han de lanzarse a inventar versos o prosas de las más desordenadas formas y sintaxis, donde el concepto, si lo hay, para hacerlo misterioso e importante lo embrollan en "un delicioso caos", en "un exquisito laberinto" como dirá Remy de Gourmont, lo meterán, adoctrinados por Baudelaire, en una "selva de símbolos" tan abstrusos y en unas imágenes compuestas con pa-

labras de sentido tan contradictorio, que al terminar de leerlos uno no puede menos que preguntarse cómo es posible que a tales desvaríos literarios se les deje circular sin oposición y hasta con reverencia por los centros más representativos de la civilización y la cultura. A eso ellos, los pontífices y sus admiradores le llaman lo recóndito, lo hermético, la ambrosía, el manjar de los dioses, la evasión de lo prosaico, la fuga en el ensueño, el instrumento que da el conocimiento de lo absoluto, "el conocimiento de lo absoluto": ¿qué será eso? "Lo absoluto debe ser el cero de toda determinación, y la única manera de ser que le conviene es la Nada", dice Amiel. ¿Para qué, entonces, ese obcecado empeño de buscar "su conocimiento"? Lo absoluto es también, según dicen los exégetas de este arte esotérico, "la idea suprema e incondicionada", con la que pretenden llegar, en definitiva, hasta una irrebatible interpretación de Dios, de la idea de Dios. ¿Es, acaso, que se va a ir a ella por tal selva oscura, por tales laberintos? Como se ve, todo son frases, palabras, retóricas. Nada del mundo. Nada de la vida. Ellos mismos lo proclaman como fundamento de su disidencia. Queremos huir del materialismo, del mercantilismo, de lo vulgar, de la muchedumbre, de la consueta realidad de todas las horas. Es tan mala la vida! parecen decir despreciándola. ¿Pero dónde hallar otra más aceptable, y so-

bre todo es acaso que el hombre haría una mejor aunque fuese por un solo minuto? ¿Es acaso que con su postura estos pretensiosos reformadores se han inventado otra naturaleza, otro mundo, una física ideal, afísica, metafísica, el sésamo mágico que sin salirse de la vida les haga escapar de la misma? En esta farándula heterogénea que es el simbolismo o los simbolistas, unos han ido a ella y en ella se estuvieron por desequilibrio, otros por *pose*, otros por audacia, otros por "macaneadores" como decimos por acá, muchos por un poco de cada cosa. Aunque todos no son iguales, casi todos se parecen en la extravagancia, en la obscuridad y en el descaro con que exhiben sus funambulescas cabriolas. Y pensar que dentro de sus medios de expresión, esta enfermedad de decadentes ha existido y vivido, aunque por suerte sólo con carácter periódico, intermitente, de epidemia, en todas las demás artes, principalmente en pintura! Ayer se llamaba en literatura decadentismo, simbolismo, instrumentismo, magnificismo; hoy se llama ultraísmo, vanguardismo, nueva sensibilidad, y en pintura expresionismo, superrealismo, cubismo. Mañana, si el contagio de la chifladura sigue —que ha de seguir, pues el afán de exhibición por cualquier medio y modo es de todos los tiempos— ya tendrá también su nombre o sus nombres, todos ellos nuevos y ambiciosos, aunque en el fondo no hagan más que

repetir con modernos rótulos antiguas posturas. Lo más grave para nosotros los que estamos en el ambiente de ahora es que el ultraísmo y el vanguardismo, nuestro simbolismo de hoy, son todavía más malos y perniciosos que lo que fueron en su tiempo los padres de que proceden, puesto que si el decadentismo y el simbolismo eran funambulerías y rebuscados enigmas, tenían siquiera la disculpa y hasta la atracción de que se preocupaban de la selección espiritual y retórica, de la distinción de los símbolos y las formas. Hoy nuestros nuevos "raros", aunque siguen parecidas fórmulas y recetas, lejos de mantener aquella preocupación cultural de los antepasados que les daba cierta elevada tesitura, parece que hasta se jactaran de mostrarse pedestres, chabacanos e iletrados en su afán de despreciarlo todo, hasta siquiera de aparentar educación. Bueno. No poca parte de la culpa y la disculpa de esto la tiene la moda "cientificista" del subconsciente, según la cual todos nuestros actos esenciales son dictados, más o menos inteligiblemente, desde el fondo obscuro de nuestro yo. Y si ello es así, se han dicho los revolucionarios de hoy, ¿para qué más?

El racionalismo y la divinidad.

Por el "Discurso del Método para guiar acertadamente a la Razón y buscar la verdad en las Ciencias", que le ha hecho famoso más que ninguno de sus otros trabajos científicos y literarios, se ha dado en llamar a Descartes Padre del Racionalismo. Es posible que para la época que apenas y con gran resistencia se iba desprendiendo de la pesada losa religiosa y feudal de la Edad Media, fuera sorprendente y escandalosa la teoría cartesiana de que las cosas deben aceptarse como verdaderas sólo cuando la razón lo haya comprobado. Nada de verdades impuestas por los dogmas tanto religiosos como filosóficos, por la tradición, por los fanatismos, por las supersticiones o la ignorancia. Lo que es profundamente lamentable es que tan hermosa actitud filosófica que en aquel ambiente sombrío parecía venir inesperadamente a combatir con la fuerza revolucionaria de un explosivo por la libertad e independencia de la inteligencia humana, estuviera condicionada, reducida y desnaturalizada por el límite religioso, inadmisible en semejante doctrina cuya solidez fundamental y cuya fuerza prevalente sobre todas las otras que pueda concebir el hombre, está precisamente en que se sostiene en las tres potencias máximas del hombre cultivado normal: la verdad, la razón y la inteligencia, o al revés: la inteli-

gencia, la razón y la verdad. Al emprender con entusiasmo y tesón propios de la juventud —tendría alrededor de 23 años— la reforma del edificio de su yo, construido hasta entonces con las ideas, conocimientos y técnicas que había encontrado al entrar a la vida adulta, ideas, conocimientos y técnicas que él consideraba inferiores y perniciosas por lo sectarias y faltas de solidez racional, — Descartes se proponía hacerse a sí de nuevo poniendo en práctica el sistema o método que su clarividente juicio había concebido de acuerdo con lo que la vida le sugería como más arreglado a la verdad substancial, a la verdad real o verdadera que sólo se expresa como tal cuando en cada caso ha sido demostrada por el exámen y la experimentación. "Por lo que respecta a las opiniones por mí hasta entonces recibidas, dice, nada mejor podía hacer que desde luego desnudarme de ellas, a fin de sustituirlas por otras mejores, o por las mismas si llegaban a acomodar con los dictados de la razón. Creía firmemente que así llegaría a conducir mi vida mejor que si edificase sobre antiguos fundamentos y sólo me apoyase en los principios que desde mi juventud me habían inspirado, sin nunca examinar si eran ciertos". "Aprendí a no creer muy firmemente nada de lo que se me había inculcado por la costumbre y el ejemplo; y así me libré poco a poco de muchos de los errores que pueden oscurecer nuestras

luces naturales e incapacitarnos algún tanto para comprender la razón". "Tenía siempre extremado deseo de aprender a distinguir lo verdadero de lo falso, para ver con claridad mis acciones y marchar seguro en esta vida". "El primer estado de mi espíritu fué no aceptar jamás cosa alguna por verdadera que no conociese evidentemente como tal, es decir, evitar cuidadosamente la precipitación y la prevención, y no admitir nada en mis juicios que no se presentara tan clara y distintamente a mi espíritu que yo no tuviese ocasión de ponerla en duda". Sin embargo de toda esta afirmación y confirmación de sus convicciones racionales, como si repitiéndolas en forma clara e inequívoca quisiera reconfortarse a sí propio para estar siempre alerta y preparado ante los innumerables y tremendos enemigos que se le pondrían delante con el macizo frente de toda una época y el profundo fondo de toda la historia humana, el reformador no pudo o no tuvo suficiente coraje para extender o totalizar su liberación y la de su conciencia hasta la creencia religiosa, hasta la idea de Dios, que es nada menos que la idea máxima del hombre por la cual busca resolver el enigma de la vida, inclusive la suya, y que todavía en aquellos tiempos fanáticos e intolerantes, era, en realidad, no una idea religiosa, sino una psicosis, un delirio de divinidad capaz de las más grandes guerras como la de los Treinta años, de las más

terribles matanzas como la de Saint Barthélemy y de las más feroces crueldades como las que practicó la Inquisición. Por un lado la enorme presión que ejercía en su espíritu la opinión hecha que en religión tenía, sin discrepancia de fondo aunque sí de forma y de texto (católicos y protestantes) todo ese mundo occidental a que pertenecía y que a través de una tradición de siglos le había formado y cultivado una iglesia omnipotente que para inculcar sus dogmas de grado o por fuerza tenía a su disposición no solamente los efectistas artilugios de las promesas y castigos de ultratumba, sino cuantos poderes soberanos existen sobre el planeta: los gobiernos, los ejércitos, las *élites,* y como gran coro o comparsa sumisa, al pueblo ignaro y supersticioso. Por otro lado, el miedo a caer en desgracia de la autoridad, en ser perseguido y castigado por difundir doctrinas disolventes y hacer afirmaciones científicas contrarias a la ciencia oficial y a la teología, le hizo, quieras que no, ser prudente en su reforma y no rebasar los límites humanos, esto es, los límites conocidos del mundo real. "Pongo aparte las verdades de la fe", dice, posiblemente para evitar ponerlas frente a frente con las verdades de la razón, con ese su sistema demoledor de ficciones y prejuicios. Por eso una de sus mayores preocupaciones fué siempre la de eludir la controversia pública y dar a sus corresponsales y con-

sultantes toda clase de explicaciones. Y en tanto se ocupaba de reedificar sobre los escombros de la anterior, su casa moral e intelectual, de hacerse otra conciencia de la vida de acuerdo con su nuevo concepto de hallar la verdad por la razón, se formó "para vivir con la mayor comodidad posible", según confiesa paladinamente, un como tinglado provisional con tres o cuatro máximas fundamentales, en que la primera de todas era "la de obedecer a las leyes y costumbres de mi país, conservando constantemente la religión en que, gracias a Dios, educaron mi infancia". Se deja ver a través de todo su "Discurso" que su cuidado constante es escoger para sí las opiniones más moderadas, evitar la censura y aquello que pudiera parecer perjudicial para la religión y el Estado. Y que no eran exageradas sus preocupaciones e infundados sus temores quedó demostrado con la condena que dictó el Santo Oficio contra Galileo por haber afirmado como lo había escrito él en su "Tratado del Mundo" y que no publicó hasta más tarde, que la Tierra giraba alrededor del Sol; con la campaña que le hizo la Universidad de Utrech a su Física y a sus Meditaciones Metafísicas, con la agria reprobación de la Sorbona, baluarte y cátedra del dogma tradicional, y con las enconadas persecuciones del clero seglar y regular a toda su filosofía racionalista.

Pero como quien lleva en sí una pasión, una

luz o un perfume más fuerte que su poder de ocultación, a cada paso en los análisis y reflexiones de su "Discurso" se deja ver —por más que quiera sofísticamente dividir su concepto de la verdad entre la verdad humana y la verdad divina— el fondo regidor de su espíritu, toda la raíz de su idea apostolada, la firmeza del camino que se ha trazado para redimir de sus prejuicios y prisiones a la conciencia del hombre de su época y que iba a ser también el padre del hombre del porvenir. Véanse sino las citas que hemos hecho al referirnos a su propósito de buscar por sí mismo y para la reedificación de su yo, la verdadera verdad de las cosas. En cuanto a la idea de Dios es curioso observar cómo "la hace", cómo la razona, digamos, aunque en general se aparte muy poco del artificio sofístico que usan los sectarios religiosos cuando quieren explicar y convencer acerca de la existencia de Dios, de su esencia maravillosa y de su omnímodo poder: "No podía ocurrir otro tanto con la idea de un ser más perfecto que yo, porque era manifiestamente imposible que de la nada la tuviera. Y como no repugna menos que lo más perfecto sea consecuencia y dependa de lo menos perfecto que el que de la nada proceda alguna cosa, no pude dejar de rechazarlo. De modo que sólo pudo dármela una naturaleza verosímilmente más perfecta que yo y que tuviera en sí cuantas perfecciones pudiera yo

idear; en una palabra, Dios. A esto se agrega que, pues yo conocía algunas perfecciones que no tengo, no era yo el único ser existente (dispensadme si uso los términos de la escuela), sino que era necesario hubiese otro más perfecto, del que dependiera y a quien debiera lo que tengo; porque si hubiese yo sido solo e independiente, de modo que hubiera tenido por mí lo poco en que participaba el Ser perfecto, por la misma razón hubiera también tenido todo lo demás que reconocía faltarme, y ser así infinito, eterno, inmutable, omnisciente, omnipotente, y dotado, en fin, de todas las perfecciones que en Dios encontraba. Porque según los razonamientos que acabo de hacer, para conocer la naturaleza de Dios tanto como puedo conocer la mía, sólo tenía que considerar, en las cosas de que tengo alguna idea, si era o no perfección poseerlas, y obtendría la seguridad de que no hay en él nada de lo que es imperfección, y sí todo lo que no lo es". En este discurso deductivo hay, como se ve, un rápido desfile de premisas y conclusiones de tan poca consistencia, que no sólo no llegan a demostrarle nada al lector estudioso, sino que parecería más bien una argumentación hecha exprofeso para darse a sí mismo una justificación cualquiera por su contradicción filosófica, que ahogara ¡si fuera posible! los gritos acusadores de su conciencia de apóstol racionalista. Le repugna que lo más perfecto pueda provenir

y depender de lo menos perfecto, que de la nada pueda proceder alguna cosa, y sin embargo, cree en Dios, que como no tuvo anterior, según enseña el dogma, necesariamente debió proceder de la nada. Y a renglón seguido dice: "De modo que sólo pudo dármela (la idea de un ser más perfecto que él) una naturaleza verosímilmente más perfecta que yo y que tuviera en sí cuantas perfecciones pudiera yo idear; en una palabra, Dios". Quiere decir que basta que nosotros no nos creamos —debido a su propia excelencia— productores de nuestras buenas cualidades, (ya que nos parece mucho eso de "perfecciones"), para que *ipso facto* nos imaginemos "verosímilmente" que hay detrás y por encima nuestro una naturaleza superior —esta sí perfecta de toda perfección— que nos ha dado graciosamente esas cualidades como virtudes, es posible —hay que suponerlo— con el doble propósito de demostrar sú poder y su sabiduría, y de tener en la Creación una especie inteligente a su hechura y semejanza, que adivinándole en presencia en alguna parte, le tiemble, le admire y le adore fanáticamente. ¿Por qué este racionalista en vez de admitir como causa un Dios, un ente divino, no puede suponer con más verosimilitud, que tanto el hombre como las demás cosas del Universo, son el resultado —sin valor como objetivo aunque sí como medio— de un conjunto de fuerzas ciegas, de orígen desconocido, que des-

de incalculables tiempos remotos vienen haciendo, haciendo y deshaciendo en función evolutiva, estas formas y organismos que somos, más o menos completos, más o menos maravillosos, más o menos dignos de habernos hecho pensar — de acuerdo con nuestro conceptual estilo de concretar en individuo toda entidad capaz de poder — que sólo pudo concebirnos y realizarnos un ser divino? ¿Qué Dios es ese que han ideado las religiones, casi todas ellas sobre un patrón semejante en sus atributos esenciales de grandeza y poder, que siendo según ellas y como Descartes también lo entiende, infinito, eterno, inmutable, omnisciente, omnipotente y dotado de todas las perfecciones que le quieran suponer, no tiene regularmente las de ser justo, bueno e inteligente en cuanto al hombre, que es el único ser con facultades para imaginarlo y acaso reconocerlo, pues no acordando ni la vida del mundo, ni la del mismo Dios con la del hombre, que según afirman es su propio hijo, ese Dios y padre lo hace sufrir, no le hace "su justicia", ni le capacita, como sería lo natural, para comprenderlo, seguirlo y amarlo sin temor ni interés?

Quizá todo esto lo vió y lo pensó el Cartesius cuando se propuso difundir su gran doctrina, pero de natural tímido, le faltaba grandeza de héroe o de mártir para llevarla adelante en toda su magnitud y hacerla triun-

far aún al cuantioso precio de sus ideas, de su reputación y de su martirio, y menos todavía al de su vida. Y entonces hizo un límite, puso una valla entre lo humano y lo divino, aunque tal límite y tal valla, por no ser en realidad más que aparente, no le libró de ser perseguido y excomulgado, puesto que iba implícito en su propósito de rehabilitar por la razón al hombre, la destrucción de la idea divina.

¡La existencia de Dios! Toda cosa, hacedora o no, requiere primero haber sido hecha. Y si Dios, Supremo Hacedor según las teologías, no es substancia y sí espíritu, a pesar de que casi todas ellas lo figuran antropomorfo y dotado de las mismas pasiones fundamentales del hombre, cómo es que pudo hacer materia, y ordenarla, y organizarla, y darle forma y leyes, y todavía gobernarla y velar permanentemente por ella? ¿De dónde sacó los elementos de esa materia, dónde estaban ellos, y si los creó de qué los creó y con qué finalidad de órden superior, propia de un pensamiento divino, ya que no se podría admitir como grandeza del Teos el hacer y repetir hasta la disolución del material, formas de naturaleza, ni tampoco que sólo se propusiera al crear el Universo distraerse, como en juego, de su inconmensurable soledad? Y aún suponiendo que el Creador del Todo nació por generación espontánea, de la Nada —cosa imposible— ¿dónde es que se

halla ubicado? ¿En lo que se llama cielo? No. Preguntadle a los sabios qué se ha hecho ese cielo eclesiástico, sea de la religión que sea, y toda su corte celestial. ¿En las cosas? Entonces ya no será ente, entidad, individuo, fuerza o inteligencia constructora, creadora, directriz. Entonces sería ya materia, fuerzas vivas, naturaleza. La ficción Dios ha sido inventada por el hombre, primero debido a su ignorancia y su miedo, después a su ignorancia, su miedo y su admiración; más tarde por todo eso y también por su irresistible debilidad de darse pisto, de hacerse una cosa importante, nada menos que hijo directo o predilecto del Todopoderoso, de mostrarse, aunque sólo fuese entre sus semejantes, profundo y trascendente, saliéndose de su tierra de gusano, y despreciándola, creerse compuesto en su yo inefable de un alma, o de un espíritu, o de una esencia pura de carácter divino. Y así fué que se fabricó su montón de religiones, y de místicas, y de dioses, y desestimando estúpidamente la vida, sobre todo la suya propia, la alteró, la adulteró, la puso al revés, y trastrocados los conceptos del bien y del mal, los sentidos normales de la razón, concluyó por crear un estado colectivo de desequilibrio conceptual, de razón aparente, una verdad no con arreglo al proceso real de la vida, sino a la superstición religiosa, a las fabulerías innumerables que buscaban y establecían una verdad hipotética detrás de la muerte, más

allá de la vida, más allá de los sentidos del hombre. ¡Y pensar que se haya hecho derramar tanta sangre, que se haya provocado tanto dolos, y que se haya impuesto tanta violencia a la conciencia humana para obligarla a aceptar y creer cosas de este calibre! En una verdadera civilización, bastaría para condenarse como al mayor crímen que se comete, el proclamar y predicar que el hombre debe despreciar esta vida con todos sus bienes y sus finalidades por otra inventada o supuesta para más allás de la muerte, en fin, desnaturalizar de su destino al hombre, desmoralizarlo, empujado, precipitado poco a poco pero fatalmente hacia una negación suicida, hacia una extinción, por degeneración, de toda su especie!

Dícese que se sabe de Dios por la verdad revelada, por lo que se interpreta de los santos libros, la Biblia, por ejemplo, y de acuerdo con esto gobiernan a sus fieles y quieren imponer al hombre de toda la tierra, a sangre y fuego, su versión de la creación y existencia del Universo. ¿Es posible que el hombre — la inteligencia del hombre — que según las religiones tan poco es, pueda entender ni aún por vía de sus mentores más inspirados: sus profetas y sus apóstoles, esa *sui generis* verdad revelada, y pueda asegurar que es ella la verdad divina? ¿Es posible que los libros llamados santos hubiesen sido dictados — ya que sería excesiva impostura afir-

mar que fueron escritos directamente— a alguien terreno que tuviese la poderosa facultad de oír y de comprender el lenguaje, y las ideas, y el espíritu divino —tres cosas que deben ser a cual más formidable en un Dios— para lo cual ese álguien debía haber poseído por lo menos una capacidad de entendimiento tan sobrenatural como la del propio Dios, que ateniéndonos a una de las versiones que se dan de él, la más auténtica según la civilización occidental, y que es, por otra parte, la que se considera más civilizada, — creó nada más que en seis días, en seis de los breves días del mundo, todas las maravillas que en masa, superficie y profundidad existen y persisten para nuestro asombro y pequeñez por los orbes innumerables? Descartes mismo no obstante aceptar como buena la verdad revelada (¿revelada por quién, y a quién?) considera sin ambajes que tales verdades son superiores "a nuestra inteligencia", que es como decir a la de toda la humanidad, y que para hacer su examen se necesita ser nada menos que sobrehumano. Dice así, textualmente: "Respetaba nuestra teología, y aspiraba como todos a ganar el cielo; pero teniendo por seguro que el camino está abierto igualmente a los ignorantes y a los doctos y que las verdades reveladas que conducen a él son superiores a nuestra inteligencia, no hubiera osado someterlas a la debilidad de mis razonamientos, y pensaba que para acometer su

exámen y llegar a hacerle, era preciso contar con cierta extraordinaria asistencia del cielo y ser nada menos que sobrehumano". Esta es la grave falla del edificio filosófico cartesiano: explicar, admitir al mismo tiempo la verdad racionalista y la verdad revelada. ¿Como es que siendo de inteligencia tan razonadora para todo lo demás, admite en block, en toda su versión, sin discusión y sin examen, una verdad que aunque hubiera sido "revelada" según se le llama para disimular su calidad de invención, no hay nadie vivo dentro del Universo ni aún el ser humano, que es a quien estaba destinada tal "revelación", que pueda, no digamos juzgarla ni medirla, que acaso eso fuera una irreverencia y una pretensión audaz, sino que ni siquiera entenderla, para su ciego acatamiento? El mismo autor del "Discurso" lo viene a demostrar, sin querer, en lo que dejamos transcripto. Lo que ocurría era que éste, como ya lo hemos hecho notar, no deseaba tener deliberadamente ningún conflicto ni con el poder eclesiástico ni con la tradición religiosa, y por eso fué que, quizá, con un poco o un mucho de jesuitismo a fin de que le dejaran propagar su doctrina racionalista, hizo dos campos para la conciencia, el uno indiscutible por perfecto y divino, y el otro analizable y susceptible de grandes enmiendas por su viciosa condición humana.

Los deístas recalcitrantes podrán argumentar todavía que no podemos saber lo que es Dios porque sus designios son superiores a nuestra capacidad y no los comprendemos; que la magnitud de sus propósitos está por encima de nosotros. Si eso fuera así, entonces por qué lo reverenciamos como Dios, qué nos puede interesar, qué debemos agradecerle y por qué sacrificarnos en su homenaje hasta el punto de negarlo todo por él, hasta a nosotros mismos? No solamente es el caso de preguntar por qué amarlo, ya que sin interés por nosotros no nos ama, puesto que nunca fuimos su objetivo, ni nos supo o nos quiso evitar el permanente dolor con que vivimos la vida, sino por qué estarle rogando todos los días de nuestro rápido tránsito por el mundo, que no nos castigue, que no nos haga sufrir, que no nos haga perecer? Es inútil y estúpido invocar y honrar a un Dios que no está en nuestra vida, en el interés de nuestra vida, que no se ha preocupado ni de concebirnos mejores de lo que somos, ni de subsanarnos después las deficiencias con que nos puso sobre la haz de la tierra.

Es en vano que Descartes se esfuerce en querer convencer y convencerse por medio del raciocinio, de la existencia de un Ser Perfecto como le llama él, yendo a buscar hasta a la geometría y a la divagación de los sueños, peregrinos argumentos demostrativos de esa

existencia. Es en vano que pretenda darnos un Dios razonado. Es una fantasía tan grande, que por más que la sabiduría humana se haya esforzado, no ha podido encontrarle interpretación o existencia comprensible dentro de nuestro mundo real, lo que impide por lo tanto concretarlo, aunque sea por demostración, como verdad. Precisamente es el raciocinio, el sentido de examen, el método de las certidumbres, el explosivo disipador de toda esa armazón, en su mayor parte sofística, que se construye siempre que se pretende demostrar lo indemostrable, por lo menos mientras no aparezca en el Universo y en el cerebro del hombre un nuevo entendimiento de lo que es todo eso que está en nosotros y a nuestro alrededor, más abajo y más arriba de nuestras vidas. En esta porfía del filósofo por querer dejar presupuesta en la conciencia de los lectores de su "Discurso" la existencia de Dios, llega hasta olvidar precisamente los fundamentos de su doctrina, al hacer aserciones tan inconsistentes como ésta: "Es seguro que las cosas que clara y distintamente concebimos son verdaderas porque Dios es o existe, porque es un Ser perfecto, y todo cuanto hay en nosotros de El procede. De donde se sigue que, siendo nuestras ideas o nociones cosas reales y que vienen de Dios, en cuanto son claras y distintas, tienen que ser necesariamente verdaderas". De manera que

las cosas nuestras que son claras y verdaderas, son así porque vienen de Dios y ello nos demuestra su existencia? Lo mismo se podría argumentar respecto de la existencia de cualquier otro ente que se nos ocurra, puesto que afirmarlo porque sí, o porque lo sintamos; o lo presintamos, o lo imaginemos, no ganamos ni perdemos nada, aunque tampoco con ello nada demostremos. Por eso no iban a cambiar su condición de tal las cosas que para nuestra razón fueran claras y verdaderas. Y todavía, como si su afán deísta le ofuscara cada vez más, Descartes agrega: "Si las razones expuestas no han sido suficientes para convencer a algunos de la existencia de Dios y de su espíritu, quiero, finalmente, que sepan que todo lo demás, de que tan seguros se juzgan, como de tener cuerpo, y de que hay tierra y astros y cosas semejantes, es menos cierto". Esto que dice ya no es razón, ni física, ni siquiera metafísica, puesto que para dudar de la física no hace falta irse más allá de ella. Y por otra parte la física, ahí está, tangible, maciza, actuante, indisipable, por más que la "abstracticen" con la metafísica, aunque una y otra no se estorban, ya que una y otra se complementan. Aquí el sabio filósofo, siguiendo su tesis de que lo más perfecto no puede depender de lo menos perfecto (la Naturaleza en este caso), se aventura hasta a afirmar con una arrogancia ("que sepan") muy poco

digna de un sabio que no lo llega a probar, que ni la Tierra, ni los astros, ni aún su propio cuerpo reforzado con el famoso *cogito, ergo sum,* serán tan ciertos como la existencia de Dios. Claro es que especulando así no habrá cosa desconocida que no tenga un argumento, pero es indudable que cualquier autoridad intelectual que lo haga con afirmaciones tan deleznables, perderá valor y prestigio ante el juicio sensato del pensamiento humano.

Para decir que hay Dios no basta inventarlo. Es preciso que exista. Y ninguna manifestación y ninguna demostración convence todavía de esa existencia. Intuírlo, suponerlo, presentirlo, razonarlo sin pruebas, ni lógica, ni fundamentos sólidos, no es suficiente. Todo eso puede ser sugestión, imaginación, teorización, escolástica teológica, o como la iluminación o revelación, histerismo religioso, patología mental o psíquica. Tampoco se pretenderá convencer con milagros. Son más verosímiles las muestras de que no tenemos Dios, lo que es indudablemente de lamentar a gritos, no sólo porque las admirables cosas físicas y espirituales del mundo se lo merecían, sino porque "se ve" por su manera de ser y por lo que se empeña, que el hombre necesita de toda necesidad tener un Dios que le guíe, que le llene de imaginación, que le envanezca y de quien se sienta digno.

Y para concluir, transcribo, como opinión

corroborante, lo que ha dicho con bellas y valientes palabras un acendrado pensador hispano muerto en América, a propósito de una religión que nos toca tan de cerca:

"Todo pasó. Las flechas de los campanarios están en soledad. Las oraciones no llegan hasta ellas. Los templos, a veces rebosando de cuerpos, están vacíos de almas. Se es católico por costumbre o por política. De una secta que dominó la civilización no resta más que un partido, una industria. La humanidad es incapaz ya de construir una catedral que no sea ridícula, ni de escribir un libro místico que no sea grotesco. El colosal cadáver está tibio aún, pero nadie se engaña.

La cruz es el pasado. Es el signo de una época necesaria que ahora termina, de una forma moral y económica que nos es inútil. Nos sentimos libres de pecado. La leyenda de Adán no nos preocupa. No necesitamos que nos redima de una falta imaginaria sino que nos libren de la pobreza, de la fealdad y de la mentira.

El alma nos parece sublime, y el cuerpo también. No queremos hacer el cuerpo esclavo del alma, y el alma esclava de unos manuscritos viejos. No queremos gastar la vida en prepararnos un paraíso cómodo, sino en dejarla más fácil, más rica y más bella a nuestros hijos. No queremos depender de la misericordia de un Dios, sino ser nosotros mismos los

sembradores del porvenir. Queremos fe, sí: fe en el hombre, y si la cruz significa un sacrificio fecundo, que signifique el nuestro".

Pienso, luego soy.

(Descartes.)

Continuando con Descartes y su "Discurso del método", apuntemos algunos comentarios. Refiriéndose a su investigación de la verdad, su preocupación constante y base de su filosofía por lo menos en cuanto a las cosas terrenas, dice:

"... Y como hay hombres que razonando se aturden aún en las más sencillas cuestiones geométricas y hacen paradojas, considerándome yo lo mismo, deseché como falsas cuantas verdades por demostración había adquirido; y, finalmente, considerando que los mismos pensamientos que pueden ocurrírsenos despiertos pueden también ocurrírsenos en el sueño, sin que por eso sean más verdaderos, me resolví a aceptar que cuantas cosas en mi espíritu vivían eran tan ciertas como las ilusiones de mis sueños". Tiene razón Descartes al confesar que él también, como otros hombres, se aturde y hace paradojas, o en este caso afirmaciones falsas. No es lo mismo, para la mente, estar dormidos o estar despiertos, pues cuando estamos despiertos nuestra inteligencia

está en vigilia, esto es, ejerciendo en toda su fuerza y en toda su conciencia. En sueños no hay conciencia. Sólo existen, cuando no está en reposo, excitaciones cerebrales, reflejos o recuerdos inconexos de hechos o sensaciones vividas. Por consiguiente no puede "ocurrírsenos" pensamientos estando dormidos, ni los mismos de la vigilia ni otros, desde que el ser dormido, y por lo tanto su facultad pensante, no tiene conciencia o discernimiento de sus actos, que son puramente vibrátiles, mecánicos, reflectores inconscientes de su carga de "conocimientos" adquiridos durante la vigilia. "Mas observé inmediatamente — continúa — que mientras así pensaba que todo era falso, yo, que lo pensaba, debiera no serlo; y observando que esta verdad: *pienso, luego soy*, era tan firme y segura que las más extravagantes hipótesis de los escépticos no podrían destruírla, pensé que podía recibirla sin escrúpulo como el principio de la filosofía que buscaba". Esta definición es de valor muy relativo, precisamente por ser, asimismo, como tal definición, muy relativa, aunque se busque en ella dar categoría a la inteligencia reconociéndola como única y verdadera manifestación de la personalidad humana. Cualquier congénere podría decir con el mismo valor de máxima: "Yo vivo, yo amo, yo como, y por esos actos o expresiones también soy, y así todo en mí, mientras viva, ya sea en lo físico,

en lo intelectual o en lo espiritual. Nadie podría negarlo. Una y otra comprobación tienen tanta fuerza de probanza de mi existencia como el mismo pensamiento, aunque tales comprobaciones hayan sido realizadas por medio de otros elementos de categoría menos pretensiosa". Indudablemente la definición de Descartes, en cuanto a su fórmula, es verdadera "y tan firme y segura que ninguna hipótesis podría destruírla", pero eso no quiere decir, ni aproximadamente, que fuera ella, por el sujeto actuante, una absoluta, algo que no admitía diferentes causas y variantes de demostración, hasta el punto de tomarse nada menos que como base de toda una filosofía, "de la que buscaba", según dice el propio autor, cual si con ella, después de tanto desechar e indagar, hubiera dado, al fin, con una verdadera *trovata,* con un principio tan trascendente, que iba a revolucionar no sólo una época, sino que todavía llevaba en sí poder suficiente para dispararse, como un influente bólido, más allá aún de su tiempo, hacia el porvenir. Luego prosigue: "Examinando después con atención lo que era, y viendo que podía imaginarme no tener cuerpo, y que no había ni lugar ni mundo en que yo viviese, pero que no por eso podía suponer que yo no fuera, sino que, al contrario, por lo mismo que pensaba dudar de la verdad de otras cosas, segura y evidentemente se seguía que yo que

lo pensaba era, mientras que si solamente hubiera dejado de pensar, aunque hubiera sido cierto todo lo demás imaginado por mí, me faltaba razón para creerlo así, conocí por eso que yo era una substancia cuya esencia o naturaleza era solamente pensar, y que por serlo no necesita lugar ni depende de ninguna cosa material; de modo que este yo, es decir, el alma por la cual soy lo que soy, es completamente distinta del cuerpo, que es más fácil de conocer que éste, y que, aunque no lo fuese, no por eso dejaría de ser todo lo que es". Su examen deductivo no prueba que él sea una substancia cuya esencia es solamente pensar, y que ha venido al mundo exclusivamente a eso, a hacer de cabeza razonante en el cuerpo poliforme de la Naturaleza. En primer lugar, la virtud de pensar que encuentra así, de pronto, a raíz de una definición, como facultad única y en un grado, para el hombre, de tanta entidad y jerarquía, no le da, en todo caso, más poder que para comprobar que existe; para conocer cómo es en sí, cómo son sus formas, sus expresiones y sus actos, y qué situación y función tiene en el mundo en que vive; para gobernarse en lo que le es posible; para hacer lo que esté al alcance de sus medios, y para especular acerca de su destino y del que le ha podido corresponder al Universo que le rodea. Poca y mucha cosa, como se ve. Mucha para sí,

como privilegiado entre las especies, pero poca, muy limitada, algo más que con respecto a los animales, si se piensa que, no obstante sus pretensos orígenes divinos, casi nada puede hacer para modificar las cosas del mundo, las imperiosas manifestaciones de la vida, las irrevocables leyes de la materia. Descartes descubre repentinamente que el hombre sólo está en la vida como una substancia que piensa, esencialmente pensadora. Y eso no. También vive — en el sentido de realizar su vida — ama, disfruta de sus apetitos, goza con lo que le es agradable, y como un constante macerativo amargo de todas esas cosas, sufre. En esto es más o menos semejante a los animales, con la diferencia mayor de que el hombre lo hace con inteligencia, y por faltarle ésta, los animales al ejecutarlo no tienen conciencia de ello. Así que se puede afirmar que el hombre, además de las condiciones generales comunes a todos los seres, tiene pensamiento; amén de sus otras facultades vitales casi idénticas a las de ciertos animales, puede pensar, aunque si bien se examina es apenas una minoría en la humanidad la que realmente tiene pensamiento, inteligencia preponderante, que se aproxime siquiera a ese ejemplar tan extraordinario, a ese superhombre fenómeno que sólo es substancia de pensar, substancia de pensamiento. Se calcula que actualmente existen en el orbe terráqueo unos mil novecientos

millones de seres humanos, de especie "pensante". Las tres cuartas partes, cuando menos, de esa especie, más se preocupan de vivir, de comer, de amar, que de pensar, pensar en el sentido de crear ideas, ideas nuevas, no repetir e imitar las que corresponden a hábitos o actos existentes, pues en este caso no tendrían mayor diferencia con las acciones de los animales, sobre todo de algunos animales que demuestran, en sus modos de vivir, cierta innegable inteligencia que podríamos distinguir, respecto de sus especies, llamándola humana. Esas tres cuartas partes a que nos referimos, tienen muchas más aptitudes para sus fundamentales necesidades de vivir, comer y amar, que para pensar, porque se han dedicado constantemente a ellas, que son, al lado de la muy limitada utilidad de sus pobres ideas, graves problemas, abrumadoras urgencias, la finalidad de toda su desesperada lucha.

El autor del *Cogito, ergo sum,* puede imaginarse todas aquellas situaciones que a su juicio sirvan para defender su definición, pero no debe olvidar que aunque el pensamiento no existiera y le faltara razón para enterarse de cualquier aspecto o fenómeno de la vida, no dejaría por eso, mientras tuviese salud normal, pongamos por caso para no irnos a un extremo, mientras tuviese por lo menos la misma entidad individual de los animales más superiores, no dejaría de ser, de existir, de

manifestarse como un ejemplar activo de la Creación. El pensar situaciones especiales, en el aire, sin base, irreales, imposibles, no le sustrae como ser, con pensamiento o sin él, ya que éste no tiene poder alguno para suprimirse, por más que su pretensioso dueño se esfuerce en quererlo hacer y en demostrarlo. Y en cuanto a su conclusión de que por ser una substancia cuya esencia o naturaleza era solamente pensar, no necesitaba lugar ni dependía de ninguna cosa material, parece hasta pedantesco recordar que el pensamiento, como las sensaciones, como las emociones, y como todos los estados conscientes o psíquicos del hombre, es el producto de una facultad física más o menos compleja, más o menos cultivada, de la cual, en colaboración con las influencias externas, depende exclusivamente, y que sólo el poder de volición podría manejar, o dirigir, o hacer producir, en tanto su mecanismo orgánico funcione normalmente. Tampoco la materia como vida necesita del pensamiento para existir, y por lo tanto puede *ser* sólo por sí, y es más, si el pensamiento se halla en el hombre como cosa operante es porque él es una de las maneras de manifestarse de la vida, de la vida en su expresión total. La separación que se hace de alma y cuerpo, de espíritu y materia — el dualismo humano, tan grato a Descartes — haciendo a la una despreciable y vil y al alma o espí-

ritu cosa divina y sobrenatural (noble en casa miserable) no solamente limita y empequeñece la grandeza de la Creación, sino que llena perpetuamente de confusión, batalla y dolor a quien precisamente — el hombre — estaba, por primacía en la evolución de las especies, ya dotado de materia con espíritu, de substancia orgánica inteligente, superiorizada con respecto a todo lo demás, para gozar del gran espectáculo de la vida en su más posible integridad. En el fondo de todas estas filosofías, de estos ingentísimos esfuerzos que hace la humanidad desde que se conoce, lo que hay es una loca, ciega y fija idea de que todas las cosas del mundo, y el hombre en mayor cantidad, en cantidad de mitad y mitad, están hechos con una mezcla de barro y divinidad, son un amasijo divino en el que el espíritu de Dios, un ser sobrenatural de desmesurada potencia y voluntad, se halla perpetuamente agitando y haciendo expresar a su omnímodo gusto todas nuestras humildísimas vidas terrenas, con un beneficio y un propósito tan inexplicables, que para que no puedan ser desmentidos ni negados, se concluye por ubicar en donde no se puede ir por la prueba: más allá de la muerte. Y de ahí el empecinamiento religioso de la separación de esencia, clase y calidad de nuestros cuerpos y nuestras almas, las físicas y las metafísicas de la teología, el afán obsedante de explicar y razonar por medio de

abstrusas especulaciones, la diferencias de origen, comportamiento y valimiento de nuestra materia y de nuestro espíritu, esa triste a fuerza de lastimosa propaganda de denigración que hace el propio hombre de su personalidad como número de la Creación y de su destino sobre la Tierra. Por presuntuosa vanidad o por incomprensión de lo que es, hipertrofia poco a poco esa parte del ser que llama alma o espíritu, y tanto la dilata sobre la otra parte — el pobre cuerpo, la vil materia — que concluye por ocultar a ésta, por hacerla desaparecer a la vista, y después, completa la ilusión, negarla. Tal ingente empeño lo realizan por medio de las religiones, de la teosofía, de la filosofía idealista, del misticismo, del platonismo, del animismo, de la psicología, en fin, las *élites* directrices, las minorías refinadas y ambiciosas, que con obstinado empeño buscan una evasión, aunque con poco éxito, de su propia bestia, inquiriendo, aun en su misma levadura, la razón milagrosa que dé cabal y definitivo fundamento a su sueño imposible, a su exorbitante anhelo.

Terminando de historiar el hallazgo de su definición famosa, agrega Descartes: "Consideré luego todo lo que se requiere en una proposición para ser cierta y verdadera; porque, puesto que acababa de hallar una que lo era, parecíame que también debía saber en qué consistía su certeza. Y observé que en

la proposición: *pienso, luego soy,* nada hay que me declare su certeza, sino que claramente veo que para pensar es preciso ser, por lo que llegué a formular como regla general que las cosas que concebimos clara y distintamente son todas verdaderas, y que solamente hay alguna dificultad para afirmar bien cuáles son esas cosas que concebimos distintamente". Todas verdaderas no, porque la verdad requiere ciertas condiciones de comprobación ineludibles, aun viéndose, a primer examen, sin sombra de duda alguna; porque puede darse el caso, y no excepcional, de que nuestra convicción clara y distinta respecto de un acto, objeto u efecto cualquiera proceda de un error, de una creencia equivocada, de una falsa premisa, de un argumento con punto de partida inconsistente por deficiencia de información, de visión o de comprensión. Sólo la prueba, la demostración experimental, podría dar la certidumbre, la realidad verdadera, y por eso, cuando tal cosa no sea posible, el resultado obtenido únicamente se puede admitir como probabilidad razonable, como hipótesis, como verdad a comprobar. No debemos irnos más allá sino a título de imaginación o fantasía, esto es, considerándolos exclusivamente campos de recreo mental o espiritual, de goce artístico, sentimental o simplemente deportivo. De manera que es mucho decir que las cosas concebidas clara y distintamente, son

todas verdaderas. Y más todavía cuando lo afirma quien viene siendo considerado desde hace ya tres siglos, como uno de los grandes padres del racionalismo, el investigador por excelencia de la verdadera verdad, por lo menos — para no tocar, como él lo quería, ni a Dios ni a su incontrolable verdad — por lo menos de la verdad del hombre en su vida terrenal.

La muerte que "no es" todavía...

La vida es también muerte desde que se nace, pero no se puede negar que esa muerte y esa vida, "en función" consecuente y simultánea, es principalmente vida mientras, en vía de su destino, no se muere del todo. ¿Y por qué así? Porque la vida "es", porque la vida "está", en el escenario del mundo, en verbo, en acción, en presencia, en manifestación, en tanto que la muerte aun "no es", porque esclava y vencedora al mismo tiempo de la vida en su pluralidad de seres, de ésta depende y detrás de ella camina, y para llegar victoriosa a la evidencia de su nada, fatalmente deberá esperar que su causa generadora (la vida como tal es origen de toda cosa, aun de la muerte) realice en cada caso la completa terminación de su curso. Por eso, el concepto general aceptado por el hombre como

natural o real, o aparentemente verdadero, es de que se vive totalmente mientras no se muere "del todo". En otra forma, o sea en su forma cierta e intergiversable, si el hombre tuviera la sensación física e intelectual de que no obstante vivir "se estaba muriendo", no podría, quizá, soportar normalmente la convicción de tan tremenda verdad, y sucumbiría antes de su hora fisiológica, víctima inevitable de su terror o de su locura. Y después, piedad o engaño de quien compuso así la vida de los seres, debiendo ésta desarrollarse hasta su plenitud en tanto se vive, a pesar de todo da, por lo menos hasta la mitad de nuestra existencia, la ilusión inmediata de que la muerte, "su muerte", la de cada uno, es todavía un ¡quién sabe!, y como cada día que pasa vivimos más — más intensamente, más plenamente — alentados por una vaga duda inconfesable, por una recóndita esperanza, concluímos por aceptar puerilmente que mejor que acercarnos a la muerte, vaya uno a saber si no es que nos distanciamos de ella. La evolución de nuestras células hacia su máximo vital, el vigor ascendente de nuestra salud en función, nos hace olvidar, o no acordarnos, felizmente, de nuestro sino inexorable, de la brevedad de nuestros días, de que *quia pulvis es et in pulverem reverteris*... ¡Venturosa edad primera de magnífica ilusión! ¡Cuán pronto pasas! Sólo cuando la parábola

cae, cuando se declina, cuando en la desamparada vejez la última vida se hace un pesado cansancio y el cuerpo agotado una casa vacía, es cuando el hombre recién "ve" a la muerte en toda su espantosa expresión, en todo su irrevocable designio, pero como ya "su presencia" no le angustia ni le llena de trágicos espantos, la espera, si no conforme (nunca se conformará con su triste destino), paciente y resignado, porque ya "siente" en el silencio de su desolación interior, que para descansar del penoso vivir, la necesita urgente y benéfica como un remedio.

De la inteligencia.

La inteligencia es, como toda facultad del hombre, un producto de la evolución o desarrollo de su naturaleza física y psíquica activada conscientemente, en cuanto a las facultades espirituales, por un elevado sentido de mejoramiento y superación, cuyos vehículos y a la par conquistas principales son — en generación recíproca y en contínua vice-versa — la inteligencia y la razón, los dos grandes signos de la superioridad del hombre sobre todo el Universo, llámense seres orgánicos o sistemas cósmicos. En esa evolución o desarrollo de doble naturaleza, intervienen directamente en beneficio de la inteligencia, los fac-

tores constantes y progresivos de los conocimientos, de la experiencia que, en tanto va viviendo, el hombre acumula, ya insensiblemente o ya por empeño deliberado, y que poco a poco forma y conforma una conciencia, o un yo, o un estado espiritual que constituye en definitiva la personalidad directora del ser en todos los actos de su existencia en el mundo. El otro factor, el físico, si bien obra como unidad con la psique y en común influencia cuando el hombre se halla en plena actividad cerebral, tiene como substancia en sí una acción propia en la formación de la inteligencia, de carácter esencialmente mecánico, y de la que viene a ser continente, máquina de función, sustentador motriz y finalmente registro orgánico de todas las mejoras y conquistas que ella haya logrado con su aptitud y esfuerzo en provecho del que la posee, el propio hombre. La inteligencia junto con la razón que viene a ser como el orden, la cordura, el freno y la brújula de aquélla, fuerza ambiciosa — son, decíamos, los dos grandes signos de la superioridad del hombre sobre todo el Universo. En efecto. El hombre es la única cosa que existe — por lo menos conocida — que vive conscientemente, que sabe que vive, y que aunque pudiera no hallarse de acuerdo con el verdadero fin de la vida universal, tiene discernimiento para formular un programa de mejor vida, pero que siendo obra y juguete

de las fuerzas ciegas que rigen a la materia entera, apenas si puede realizar algo de ese programa a lo largo de la vida de su especie y sólo—como una condición puesta de intento—para su exclusivo beneficio. Por su inteligencia, por el conocimiento aplicado de su inteligencia, en cuanto mayor cantidad mejor, el hombre ha superado por sí mismo y en ininterrumpida progresión, sus primitivas condiciones de vida, ha aumentado su salud y la extensión de su existencia combatiendo y extirpando a muchos de sus tradicionales enemigos, ya ellos actuaran en forma de enfermedades, de vicios o de animales, de peligros terrenos o cósmicos, y proporcionándole como consecuencia el goce de una vida más intensa, más capaz, más libre, y si no más feliz porque en realidad el hombre, por su misma frágil materia y su psíquica incertidumbre, creemos que nunca estará en situación de ser enteramente feliz, —por lo menos no sufrirá ya de bastantes de esos males físicos y morales que le han hecho duro y penoso su tránsito por el mundo.

La idea de Dios. . . .en su hijo.

Maravillado el hombre contemplativo ante las espléndidas obras en que la Vida se manifiesta dentro del mundo que habita y de las

cuales es él mismo una de las más prodigiosas, busca anhelante en su razón al posible creador de ellas, y es entonces que de acuerdo con su estupefacción y sus medios especulativos, se imagina un ser supremo, un sumo hacedor todopoderoso que situado no sabe dónde y engendrado no sabe cómo, hace y rige magníficamente todas las cosas, seres y elementos, fuerzas y formas, luces y colores... Y tan grande lo ve, y tan inabarcable, y tan incomprensible, y tan omnisciente, que lo considera perfecto, infinito, eterno. Es con él y por él que se explica —a su modo— todas las cosas del Cosmos, el Universo entero. Esa abstracción divina, esa potencia absoluta, ese concepto único de una palabra única —Dios — en su máquina formidable, le anonada, le hace temblar, le ciega de admiración religiosa, fanática, inferiorizante...

Si examináramos la vida no desde nuestro punto de vista: nuestro yo de hombre, de ser humano; si la examináramos desde el lado del Universo, de la Creación, de la materia viva, ¿qué somos, qué valemos, para qué estamos en el mundo, para qué, más que otros seres, le servimos a la Naturaleza? Nuestro insofccable orgullo se sostiene estúpidamente en una idea falsa, en la idea falsa generadora de nuestra ridícula existencia plagada de embustes y sofismas. De ahí nuestra disconformidad, nuestra incoherencia, la delezna-

bilidad de nuestras obras y el perpetuo debatirnos entre lo que es la vida y el cómo la imaginamos, entre lo que en realidad somos y lo que quisiéramos ser. Nos creemos elegidos, entre todos los seres, no de una fuerza ciega genésica de origen desconocido, sino nada menos que de ese factor supremo que para explicarnos el mundo y los mundos nos hemos creado a nuestro entender y semejanza, y para que la fábula fuera completa y nuestro mísero destino hallara un consuelo dignificante, nos hicimos su hijo, más que dilecto y predilecto, su hijo esencial, venido al mundo en espíritu y concretado en substancia carnal por madre de hombre a fin de que por su voz y su acción mesiánica confirmara como historia el gran mito de que Dios era verdad y la verdad de Dios era su hijo...

Sin embargo... Sin embargo... El hombre debería ver. Debería razonar. Debería serenarse de su estupefacción pánica, de su terror a la divinidad, de su loca y vanidosa fantasía teísta, y usar con juicioso tino esa pequeña luz que como un farolillo tenaz lleva en lo alto de su forma mortal, para eso... Para poder ver. Cada vez un poco más, un poco más, hasta que un día llegue, quizá, a lograrlo totalmente, y entonces, entonces sí tenga ante sus absortos ojos a la Causa de todo, al verdadero Dios, aunque acaso... sin divinidad.

Eternidad, infinito.

El sentido de eternidad o de infinito existe, aunque fuera posible y creíble por los signos que el hombre científico o ilustrado pueda "ver", que esa eternidad o ese infinito tenga límite de duración, como quizá lo tenga también el conjunto del Universo como extensión o dimensión. Pero si consideramos, si bien sea como conjetura, lo que ha transcurrido ya de la vida del mundo — unos mil doscientos millones de años, como mínimo, — lo que se calcula que puede ser aún en extensión esa misma vida y la de las demás esferas cósmicas que giran incesantemente en los ámbitos del espacio; si por último, midiendo con nuestra medida más exacta, nos hacemos una idea de cuán corto ha sido, en comparación con la edad de los astros y no obstante sus trescientos mil años probables, el recorrido que ha hecho la especie humana desde su partida de la escala anterior, o sea desde su eslabón inicial (el antropopiteco?), nos resultará entonces muy natural y lógico dar a los tiempos, espacios y vidas máximas, ese sentido absoluto de eternidad o infinito que por empequeñecerlo todo con el límite, no aceptamos ni siquiera en razón de su desmesura y excepcionalidad. Sobre todo con respecto a nosotros — ¡tan relativos! — es una verda-

dera pretensión querer achicar las dimensiones inmensurables, negándoles esas dos calificaciones de tan amplio sentido y a la vez de tan magníficas sugerencias en su misteriosa vaguedad. ¿Podríamos actualmente afirmar, acaso, que nuestras hipótesis de los límites de tiempo y espacio para la vida cósmica, para la existencia de la materia — no de sus formas — no pueden ser un error de apreciación de nuestra inteligencia, o simplemente por falta de aptitud de ésta para comprender, una pura fantasía cosmogónica de nuestra imaginación? ¿No es admisible suponer — de acuerdo con lo que el hombre ha podido comprobar observando y estudiando las diferentes etapas de evolución en que se hallan las vidas de las innumerables esferas que pueblan el firmamento — que al igual de todos esos astros, unos antes y otros después, nuestro mundo, y con él nuestra Creación en todo su largo, no es más que expresión, por nuestro intermedio físico, de uno, solamente de uno de los tantos ciclos evolutivos de "nuestra cadena" de materia cósmica (probablemente cada sistema estelar, por lo menos, tendrá la suya), ciclos que como en perpetuo círculo han pasado y van a pasar aún en cantidad incalculable y hasta un futuro que no es posible siquiera imaginar? Extendiendo la visual imaginativa sobre una perspectiva mayor, ¿no podremos suponer que nuestro sol, de quien provenimos,

según parece, fué, al nacer, nada más que un conglomerado de residuos vivos de fuerza o esencia cósmica procedentes de soles o mundos de un ciclo anterior, que pasando por las etapas de su progresión evolutiva, ha concluído por llegar — en tránsito, naturalmente — a lo que es hoy, hasta que mañana, en un mañana inconcebible, quizá vuelva, por disolución a través de desprendimientos en mundos de materia ya madurada como nuestro planeta, y finalmente caduca, o por haberse consumido toda su energía cohesiva, al estado de la fuerza generatriz primera, y así sucesivamente? ¿Seríamos, entonces, si eso pudiera ser así, tan obcecados y exigentes, que no admitiésemos todavía las palabras eternidad, infinito?

Ante todo, la materia. Después, soñar...

Las religiones positivas han ido elaborando en su desenvolvimiento a través de los años y las generaciones, un concepto absurdo de la vida real y natural del hombre, haciéndole creer que su existencia carnal es despreciable y su reino verdadero no está en este mundo, ni en ninguno de los de la Naturaleza; que siendo poca cosa, concebido en barro y viviendo en pecado, es ínfimo, imperfecto y vil; que por lo tanto, como obra viva sobre

la Tierra, es, aún frente a las bestias más ruines, una creación defectuosa repudiable, avergonzante, merecedora si no de que se le destruya de una vez y sin dejar rastro como a una planta maldita, por lo menos de que se le niegue toda ventura, de que se le haga sufrir sin tregua para redimirse de su origen impuro, para "espiar su culpa", como se dice, a fin de que pueda encontrarse al cabo en condiciones ¡en condiciones! de ser recibido y perdonado más allá de la muerte por un Dios increíble situado en una vida inverosímil. Todos los seres del Universo, tanto vegetales como animales, todo lo que lleva en sí el hálito vital que anima y mueve la materia hacia su irrefragable destino, busca primordialmente y de acuerdo con sus condiciones y su medio, alimentar y mantener sobre cualquier otra urgencia, la parte de cantidad y de tiempo que de ese hálito le ha sido asignada en la evolución general. Todos, menos el hombre! El hombre, el animal inteligente, el animal racional, el animal superior! Todos los seres luchan instintivamente para sí, para conservarse, para afirmarse, para perdurar. Se sirven del mundo, dentro de sus arbitrios, como si el mundo fuera sólo para cada uno de ellos, exclusivamente para su existencia y su bienestar, teniendo sin duda alguna una incontrovertible creencia de que

cada uno es el único centro del mundo que le rodea y que son absolutamente suyas las cosas situadas al alcance de sus necesidades y de sus medios de apoderamiento. Ellos, animales o vegetales, tienen el sentido, quizá mecánico, pero justo e inmanente de la vida que llevan y de que están formados; cumplen irresistiblemente su función esencial de existir, a cualquier costo, y aún al de la muerte; llenan por natural, por lógico, por recto comportamiento, aunque no tengan siquiera noción de ella, una moral, la máxima, la suprema, la de cumplir como instrumentos fieles a su substancia, la misión que al nacer les impuso algo o alguien que no está en sus sentidos ver, ni comprender, ni menos contrariar. Viven su vida como se debe vivir: de afuera para adentro, de las provisiones del exterior a las urgencias del interior, para mantener así en contínua supervivencia a la máquina de su organismo que, fórmula de su función y de su evolución, quema constantemente sus elementos y constantemente necesita sustituirlos. En realidad, todo ser creado no lo ha sido totalmente al nacer. Sólo es, al ver la luz del mundo, una base de algo que ha de terminarse, una máquina que ha de funcionar si le proveen después de combustible, una vida inicial que no sobrevivirá ni se completará si dos elementos importantes de su combinación vital, *y que no están en ella,* no viniesen de afuera a

colaborar sin interrupción para mantener en su integridad el sistema orgánico que ha de existir: el aire y el alimento. Esto, en lo físico para todos los seres. En cuanto al hombre, le falta, todavía, al nacer, algo más, algo que es precisamente su grandeza, y también, por desgracia, su mareo: le falta el alma, el espíritu, esa vida moral regidora que luego se irá formando al conjuro de las influencias externas sobre las cuatro virtudes capitales de categoría sublime que sólo trae al mundo en potencia y a las que ha dado los nombres mágicos de sentimiento, inteligencia, bondad y belleza; alma, espíritu que le será necesario a su condición de ente superior para completarse y cumplir en unidad con la materia, y en su nombre, quizá uno de los fines de ésta: realizar por intermedio de un ser consciente, de una inteligencia inteligible, la revelación de la idea generatriz del Universo. De manera que es indiscutible, no sólo que toda la substancia universal es, vive y actúa como una unidad, sino que la vida natural de los seres depende principalmente de las provisiones exteriores, ya que parte de ella, nada menos que su vida-motor, por una concepción a primera vista de lo más extravagante, ha quedado, al crearse el sujeto, dispersa, desparramada afuera, del lado exterior de su organismo, de su entidad física, en

ese aire y ese alimento que le es esencial, imprescindible, y a los cuales todos los individuos, en una perpetua fiebre de hambre, se hallan eternamente encadenados, como cumpliendo una atroz condena. Sin embargo, el hombre, en vez de cumplir la ley común, en lugar de aceptar lo más natural e inteligentemente posible su condición de vida, mareado, envanecido, intoxicado por su poder de discernimiento, por su virtud imaginativa, por su conciencia de que es un ser superior, acaba por ser, como ser, como naturaleza, como individuo de la Creación, inferior a todos los demás componentes de la misma; el mundo le parece poco; la vida le resulta mezquina y miserable; le desespera y le enferma, y le lleva a las mayores incoherencias y locuras, esa carne según él grosera, sensual y corruptiva de que está formado, llena de sentidos y apetitos bestiales, de instintos y necesidades animalescas, que le acibaran, que le impurifican, que le degradan esa grande ilusión de que él es el hijo dilecto de Dios, y de que en él está, como en un vaso sagrado, y como signo de elección sobre todas las cosas, el espíritu inefable de la divinidad. Y como una consecuencia de esa situación de abrumadora desgracia en que se siente sin remisión, construye enloquecido, fanatizado y víctima de su propia ofuscación y su falta de juicio, las pueriles fantasías religiosas con su mundo y

su trasmundo, con su Tierra pecaminosa y su celestial paraíso, con su materia nefanda y deleznable y su alma o su espíritu de Dios, que sólo en Dios, cuando del hombre salga, podrá ser bienaventurada y feliz. En lugar de vivir en sus condiciones y sentidos esenciales como los demás seres; en vez de utilizar para su mayor goce y su mejor felicidad todas sus facultades espirituales de que, como excepción, se halla dotado; debiendo conformar su existencia a sus aptitudes y dones naturales para su total y constante beneficio — armoniosamente físico y espiritual — no, señor!: al hombre, al inteligente, al sabio, al razonador, le ha de dar por inventar disparates, por pretender, nada menos, que desnaturalizar a la Naturaleza, que modificar en sus bases y en sus leyes insuperables para los demás, el sentido de expresión y de realización de la materia soberana. ¿Quiérese mayor dislate? Es como si hubieran en la humanidad individuos o pueblos que — dueños de su imaginación y hasta de su propio modo de vivir — se formaran una interpretación de la vida a su manera, llamárase religión, ideología o ciencia, y luego tomaran a cualquiera de ellas como norma, como pragmática, o como evangelio, para imponerla, quieras que no, a la especie entera, y aún a las clases más educadas y sensatas. Eso ya dejaría de ser libre auto-determinación en su propio

gusto y provecho, para convertise en monstruosidad, en el mayor crimen que se pudiera cometer en la persona humana — su congénere — y para colmo de atentado, a título de buscar su verdadera felicidad! Tal es el caso de las iglesias, de las confesiones, de los credos que se reparten en el mundo las almas, los pensamientos y hasta las vidas de las muchedumbres humanas. El hombre, que es materia, que es carne como primera y fundamental expresión, debe defender, amar y cultivar, como actos primordiales y permanentes, a su existencia física, tanto por sí como por su relación con todos los demás seres y cosas del Universo, del cual forma parte como substancia y como individuo. Después, oídlo bien, congéneres insensatos, recién después podréis dedicaros, si os place, o si vuestro crecido "yo" lo necesita, a las ambiciosas especulaciones de lo que llamamos tan imprecisamente "alma", "espíritu", "hálito divino"; recién entonces podréis dedicaros a los goces y deleites de los sublimes ideales, a los inconmensurables postulados de la felicidad y la perfección; recién entonces y con todas vuestras potencias, bendiciendo a vuestra materia que es la que os proporciona precisamente el privilegiado don de poder hacerlo, podréis entregaros a soñar!

Verdades.

(Con motivo de algunas opiniones de Paul Valery).

Las convenciones humanas son verdades desde que fueron aceptadas por su sociedad, o por su mejor sociedad, y aunque examinadas desde lejos ó desde arriba, a la luz de la exacta definición de la verdad, digamos de la verdad científica, o como se suele decir de la verdad absoluta, no fueran la verdad de tales convenciones las verdaderas verdades para la realidad del hombre, de la vida del hombre, del entonces en que esas convenciones rijan, es la verdad natural o corriente la verdad válida, desde que por ella le hace o le deja vivir sin contradicción, oposición y dificultad, además de que casi siempre (decimos casi porque algunas veces el hombre, por causas diversas, cae en el error de aceptar verdades o convenciones que no convienen a su existir) esas verdades convencionales o convenidas socialmente tienen una base sólida originada en la experiencia — probadas y comprobadas dentro de un conocimiento común corriente — satisfactoria en el momento que se practica, y promisora como programa para el porvenir dentro de lo mejor conocido. Si vamos a ver, todo en el mundo, en la vida, principalmente en la vida

del hombre, es, si se quiere, o como se entiende por ciertos demoledores, o nihilistas, o posturistas que siguen, ciegos, las novedades anárquicas de algún intelectual de moda, todo es convencional. Esto que es madera, que es hierro, que es placer, o que es dolor, siempre deberá ser así para la razón humana, mientras la materia o los sentidos, entes reales, no sufran modificación o el hombre "social" no crea necesario, a su criterio, llamarles de otro modo. Vos diréis: Ni aun eso es verdad absolutamente, pues la madera ha sido también un árbol, el hierro una substancia primaria X transformada, el placer y el dolor una reacción de la sensibilidad, que para unos es placer o dolor y para otros es más bien lo contrario. De lo que debemos tratar para hacer mejor la vida de la especie y facilitar la investigación del hombre en el misterio del mundo, es de tener discernimiento, saber cuándo debe admitirse la verdad convenida y conveniente aunque no sea la verdadera, y cuándo sólo debemos apoyarnos en la auténtica para que nos sirva de base en tal investigación, de sólido fulcro en el impulso iluminante de nuestra inteligencia. Acaso, si bien se mira, ¿no es la constitución de la maravillosa máquina humana una expresión determinada, "convenida" en su origen — quizá por el azar — de los elementos de la materia, de las leyes que equilibra y "combina" la

vida para su evolución y transformación, y por consecuencia para su mantenimiento y eternidad? El hombre es sólo "cierta" verdad. Es verdad para sí mismo en la medida de lo que se considera, pero acaso para cada animal, o por lo menos para cada especie animal, el hombre no ha de ser una verdad diferente? Si la Naturaleza por sí tuviera una conciencia y la pudiera expresar, nos diría, con toda seguridad, que no somos lo que creemos ser, que su verdad es otra. Así que... Si vamos a pensar en que no hay verdad verdadera, o que todo es convencional, las afirmaciones, y menos las absolutas, estarían de más. Reduzcamos, pues, nuestras especulaciones a lo relativo y humano y acomodémosnos lo mejor posible dentro de la vida racional, cuerda, discreta. Todavía nos falta mucho para pretender desbordarnos, para salirnos del mundo, para ser dioses. Nuestras verdades colectivas serán nuestras únicas verdades mientras colectivamente no tengamos otras distintas. Hay bastante sofisma y deslealtad en muchas pontificaciones, en muchas afirmaciones magistrales que a primera vista parecen apabullantes, pulverizadoras, definitivas.

De manera que aun cuando haya distintas verdades, unas comprobadas y otras hipotéticas, no llevéis ¡oh perturbadores! al hombre a la confusión impidiéndole que las distinga y las sitúe en los diferentes planos que les

corresponda según su criterio, a fin de que él, poniendo orden a las cosas dentro de su juicio, tenga para guía de su cordura y de la comprensión e interpretación del mundo, una verdad principal y directora especialmente acondicionada a su realidad, esto es, a su vida física y moral, que aunque engañosa quizá por lo ínfima en relación al Universo, es, en definitiva, su única verdad.

Ideas para la Democracia.

Saber elegir.

Las leyes, como en general todo lo humano, pueden ser buenas, y aun dentro de lo máximo posible, muy buenas, pero no perfectas. Siempre tienen algo en su letra o en su aplicación que en determinadas circunstancias o para determinados destinos no satisfacen o perjudican por lo ambiguas, o lo inapropiadas, o lo insuficientes. Cuando los hombres encargados de interpretarlas y aplicarlas son malos, si no pasan por encima de ellas, que no sería lo peor, las han de hacer efectivas por el lado más inconveniente, que es el lado que está más de acuerdo con su modo de ser. De manera que, en realidad, el Estado es bueno o es malo en mayor o en menor grado, según sean los hombres que lo representen por estar en el poder, o en su poder. Al decir que los hombres de gobierno pueden

ser malos, nos referimos, es natural, a malos en todos los sentidos — juntos, uno a uno, o parcialmente acumulados — en el sentido de la índole, en el de la inteligencia, en el de la moral, en el de la educación, en el de la capacidad, y hasta paradójicamente en el sentido de la bondad, porque ser malamente bueno, es también un defecto dañoso, un daño sin aspereza, es cierto, pero un daño al fin.

No es el caso de pensar que la ley, y el Estado por consecuencia, son una cosa hierática, inconmovible, imperativa a ciegas en cuanto a su idea y a su mandato, y que a pesar de quien o quienes los han de poner en ejercicio o en acto, la una y el otro deberán necesariamente "ser" y operar como vida viva, de acuerdo en un todo con su esencia, con su "acción" en potencia, esto es, con su letra escrita. Siendo el Estado, como ente, una formación abstracta, sólo el hombre lo ha de concretar y darle aliento, y por consiguiente en cada caso de mando y de función, el Estado ha de tener su vida especial, con todas las características buenas, malas o regulares de los hombres que asuman su dirección y realicen con ella su encarnación, con todas las singularidades propias de sus genitores del momento, que le van haciendo como una gestación en marcha, mientras se hallan a su frente. En este orden resultaría perfectamente

lógica para el gobernante, la frase de Luis XVI "el Estado soy yo", puesto que dependiendo del individuo que se halla a cargo de la ley y del Estado, el darles vida, el Estado en definitiva será él, evadiéndose más o menos, pero siempre por efecto de su personalidad, de dicha ley y de sus mandatos.

La mejor ley, pues, puede ser la peor en manos del peor hombre, y vice-versa. El mal estadista o gobernante agravará los defectos de la preceptiva legal, ya valiéndose de ellos para fines inmorales o perniciosos, o ya remarcándolos al ceñirse al criterio estrecho de que debe mandar cumplir la ley en toda su extensión, por más odiosa y perjudicial que pudiera ser alguna de sus partes. En su lugar el buen estadista mejorará esa misma ley evitando los efectos de sus defectos, no aplicándola estrictamente, o disimulándolos con incesantes compensaciones de sus virtudes, explotadas al extremo para hacerlas rendir el máximo de sus beneficios. Así como el estilo es el hombre, el hombre mismo, según la recurrida frase de Buffón, el Estado también es el hombre, o más exactamente, los hombres, los hombres de Estado.

Donde hay que ir, entonces, para mejorar a éste, no es sólo a la ley, al buen legislador, sino también al buen gobernante, a la elección del hombre que entre todos sus conciudadanos pueda ser, o prometa ser, por sus an-

tecedentes, el mejor, no — repetimos — en el sentido limitado e inferior del hombre mediocre que se circunscribe al cumplimiento de la ley, sino en el sentido amplio y superior de emplearla únicamente para hacer siempre posible la felicidad de sus gobernados. En saber elegirlo está la verdadera sabiduría de los pueblos, el éxito inigualable de la democracia.

Del ocio.

Si yo fuera una persona de algún predicamento, solamente de algún predicamento, aconsejaría a mis laboriosos como desventurados semejantes, con el menor esfuerzo posible, eso sí, el hábito del ocio, el holgar cotidiano y corriente como una manera natural de vivir, como el nuevo y único sentido de la verdadera libertad humana y de la moral más pura, conforme a los más elevados preceptos de la justicia. ¿Por qué hemos de trabajar? "Para ganarnos la vida", se nos dice como la acusación infamante de una culpa. ¿Es que hemos nacido acaso por nuestra voluntad? No. Vinimos al mundo traídos por contingencias de orden fisiológico completamente extrañas a nuestro yo, que recién puede apercibirse de que "es", cuando ya le han colocado en la baraúnda del tinglado social. Si a la inmensa mayoría de los seres racionales que pue-

blan la tierra, con la experiencia y la sabiduría de los ochenta años, le hubieran dicho antes de comenzar la vida: "desean ustedes atravesar ese enmarañado mundo, que les dará, en cambio de tal heroicidad, una penosa sensación de la propia materia", todos hubiesen rechazado con digno horror tan despiadada penitencia, que empieza en el alarido materno y acaba en la crueldad inquisitorial de la agonía. Y entonces, si no hemos nacido por nuestra determinación, si nuestra existencia está limpia del pecado original de habernos elegido esta lacerante cruzada llena de padecer y de ignominia, ¿por qué imponernos todavía la esclavitud humillante y negativa del trabajo? Es tan grosero el concepto del trabajo, que se llama por antonomasia trabajador al que en las funciones sociales desempeña los más rudos y brutales menesteres, al que aproximándose a la bestialidad, tiene que desarrollar al máximo su fuerza física, en detrimento de todas las otras potencias humanas. Cuanto menos es trabajo en el sentido genérico, más los actos del hombre se desenvuelven dentro de las formas nobles, elevándose y serenándose hasta convertirse en armoniosas especulaciones del espíritu. Y ved, entonces, que por tan alto ejercicio se va secuentemente hacia esa bella definición del ocio: "Diversión u ocupación quieta, especialmente en obras de ingenio".

El trabajo es nuestra esclavitud y nuestra condena, el pago o el rescate de la vida que alentamos, como si un dios perverso nos lo hubiera impuesto para solazarse con el bárbaro espectáculo de vernos sufrir y envejecer sudando nuestro pan de cada día, atados al yunque de nuestra necesidad insaciable, entre el hambre que nos muerde continuamente las entrañas recordándonos nuestro imperioso deber, y la tristeza amarga de sentir transcurrir los años hacia la muerte, sin haber podido disfrutar jubilosamente de la espléndida fiesta que nos brinda el mundo en las maravillosas manifestaciones de su naturaleza. Haced un ligero examen de la vida diaria, buscad en la ciudad, donde el trabajo es una verdadera tiranía, una carga cruel y sangrienta, y decidme qué suerte de destino es ese que nos manda nacer únicamente para gemir; que cuando nos da el efímero placer ya está amargado por lo que cuesta; que para mantenernos en la existencia nos hace pelear como lobos y nos prostituye el alma como a galeotes, degenerándonos hasta la perversión más oprobiosa; que nos ha traído a este vasto escenario del Universo sin ninguna finalidad justificable, sin ninguna misión digna de nuestra nobleza espiritual y de nuestra privilegiada inteligencia; que todo se reduce a trabajar para comer, a comer para vivir, a vivir para trabajar, y en definitiva, a sufrir

siempre o si queréis — teniendo en cuenta algunas treguas — a sufrir casi siempre. Alrededor de ese círculo vicioso se desenvuelve nuestra mezquina y deleznable vida, llena de enfermedades, de emboscadas, de sobresaltos; donde todos, hermanos o amigos, son nuestros enemigos en estado latente, y donde, en último término, hasta nuestros genitores pueden ser nuestros propios verdugos, arrebatándonos el pan de la boca o la felicidad de nuestros corazones. La lucha por la vida, el trabajo, en fin, obligando al hombre a disputarse el alimento, ha menoscabado el juicio que el hombre puede tener de sí mismo; le ha hecho descender de la vida superior de su espíritu al prosaísmo de las necesidades de su carne, que tiene que atender ante todo y perentoriamente; obligándole a sacrificar su alma — vibración acorde del alma universal — le ha cegado la visión trascendental que le supone divino, y lo ha empequeñecido hasta hacerlo despreciable; ha matado sus ensueños, ha secado las fuentes del amor cordial, ha vendido su pureza y su prístina honestidad, y en nombre de un pecador sentido de armonía social y de transacción de intereses, ha creado un segundo concepto de la moral, la moral legal, que ha precisado de las tramas de la ley para sostenerse decentemente. El ladrón que roba, el asesino que mata, o el pillo que engaña para poder comer, no son más que rebeldes de la

legión de esclavos, seres que no pudiendo ya resistir a la dictadura opresora, cortan por el atajo y buscan por medios violentos e inmediatos, lo que se les obliga a obtener por penosos y dilatados esfuerzos, cuando quizá una voz tentadora les dice desde el fondo de sus cerebros obscurecidos, que en lugar de tal sacrificio la lógica de la vida les da cierto derecho a tomar del patrimonio común algo de lo que les hace falta. ¿Vive acaso el obrero, el artesano o el empleado que se pasa todas las horas hábiles del día sometido a la disciplina agotadora del trabajo, tenga o no tenga ganas, tenga o no tenga fuerzas o salud, sea o no su vocación, viendo que su comida, su lecho y su breve esparcimiento en el seno de la familia no son más que pequeños asuntos, que lo principal y lo importante y lo ineludible es esa acción exigente y continua que lo anula y consume y lo lleva a la muerte en recua, nivelado e igual en el montón, sin mérito ni gloria, que convertido en una máquina de labor no sabe más que "hacer el obrero", el artesano o el empleado toda la vida, porque apenas si toda la vida le es suficiente para ganar la porción de alimento que mantiene de pie su perecedera forma?

El hombre busca siempre libertarse de todo poder, político, social o moral, reconquistar por un mandato ancestral su pleno dominio, su libre albedrío, arrancarse todas y cada una

de las múltiples cadenas que le atan los movimientos y los pensamientos, el ser dinámico y volitivo que hay en él, y no se cuida de sustraerse en primer término de la esclavitud del trabajo que es la fuente de todas las otras esclavitudes. Tenemos la opinión formada, hecha, dogmática, de que el trabajo es moral por excelencia, que crea la moral y es un vivero de ella; que el ocio es todo lo contrario, y además, origen de los mayores males. ¿No será acaso el trabajo — el trabajo organizado y obligatorio — el culpable de todas las abyecciones y de todos los sufrimientos humanos? Aparte de la libertad que quita, él hace caer al hombre en la servidumbre de otro hombre, creando ese ejemplar inferior y clásico del siervo, del esclavo, del servidor; sin embargo, ni aun la afrenta de verse degradado por sí mismos, le ha servido para aquilatar la magnitud de su abrumadora fatalidad. ¿No habrá únicamente en nuestra profesión de trabajo, en nuestro concepto de moral que el trabajo nos da, el hábito de la función, la rutina del ejercicio, la costumbre de la cadena, así como la adquiere el presidiario que después de treinta años de encierro no puede vivir fuera de la cárcel?

Es indudable que constituída como está actualmente la sociedad, vinculada o soldada entre sí por un sistema económico cuya poderosa liga es el dinero, un concepto contrario

al existente parece no sólo absurdo sino inmoral; ¿pero es que no palpita desde hace siglos en el fondo de la humanidad un sentimiento de rebelión constante, un deseo vanamente sofocado de romper opresiones, un pujante ideal por volver a las primeras y naturales potencias de la libre expansión? Y lo que hasta ahora fué un sordo rumor, protesta entre dientes, hoy empieza ya a ser voz viva, protesta a la luz, valiente discusión de las viejas formas sociales y morales, y más aún, comienzo triunfal de la reacción por la liberación humana. De las catorce y dieciséis horas de trabajo diario que el antiguo régimen imponía al hombre para poder comer, poco a poco se ha ido rebajando hasta seis y cuatro horas, y a medida que se producía este descenso en la esclavitud, el esclavo ascendía en el valor social y se le reconocían derechos humanos y civiles que antes eran patrimonio casi exclusivo de los privilegiados del sistema, que impasiblemente ponía en sus regaladas manos el producto del trabajo ajeno.

Aunque esta reacción promisoria dé muchas esperanzas y nos presente un hermoso camino abierto hacia insospechadas reivindicaciones, creemos que es posible que no se llegue a la libertad absoluta, a hacer del hombre una fuerza de voluntad insojuzgable, un ser completamente dichoso entre las maravillas del Mundo; pero lo que puede llegar y llegará sin

duda, es el trabajo libre, la independencia del hombre para sustentarse, para disponer de sus facultades y para gozar de ellas: volver al hombre, no al de las cavernas o al de la tribu, sino al hombre que nuestra clarividencia de hoy nos hace ver como el tipo ideal, un ente superior dueño de todas las facultades de su naturaleza, más la cultura que su paciente civilización ha creado en el roce de los siglos vividos; en fin, poder encauzar nuestra existencia en ese concepto tan noble del ocio: "Diversión u ocupación quieta, especialmente en obras de ingenio", sin dejar de comer suficientemente o sin morirnos de hambre; preocupación que como hija de una necesidad vulgar de la carne, debe considerarse en el nuevo criterio como una función de segundo término. El hombre ha nacido como nace la llama en la tea, para cumplir un destino superior a su mismo origen; el hombre ha nacido para satisfacer la voluntad misteriosa de su pensamiento; por eso lo han hecho el primero en la Creación. Todo otro móvil es inferior e inmoral y sólo nos acercará a la bestia y nos dará la tristeza de estar en el mundo desempeñando un menester despreciable, inútil, ajeno a nuestro sino e indigno de lo que somos.

Y en tanto el venturoso día no llega, ¡oh, congéneres!, trabajemos . . .

Según nos va en ella.

Las cosas tienen para nosotros un sentido aceptable y hasta agradable mientras se hallan conformes con nuestra manera de vivir y su conveniencia. Por ejemplo, cuando un suceso desgraciado, más o menos imprevisto e increíble, altera repentinamente con su brutal realidad nuestra manera de vivir, bruscamente también cambia nuestra manera de ver, como si de pronto la vida con su agresión desconcertante se nos revelara otra cosa, una cosa pésima e insoportable, como si hasta entonces hubiéramos tenido por error, colocados delante de nuestros ojos, unos lentes engañosos que nos hicieran formar de la vida un concepto amable pero lamentablemente equivocado. ¿Es, acaso, que la vida de nuestro alrededor se había modificado? No. Es la nuestra la que ha variado por una infausta causa que trastornando la normalidad de nuestro modo de vivir, nos cambia el consuetudinario punto de vista, y turbando la luz de nuestra complacencia espiritual y física y por consiguiente de nuestro bienestar, nos oscurece la visión del mundo exterior y con ella la de nuestro propio destino. De ruidosos y arrogantes que éramos, nos hace sombríos, nos desarma, nos inutiliza, nos empequeñece hasta sentirnos despreciables y entregarnos al concepto público como objetos sin valor. Y

pensar que, a veces, no pocas, teníamos una personalidad exigente, soberbia, un orgullo capaz de sacrificar un mundo! El mismo fenómeno, pero a la inversa, produciría en nosotros un suceso afortunado, si al manifestarse éste estuviésemos soportando las penurias de una suerte aciaga. La vida, iluminada espléndidamente desde el fanal de nuestra repentina ventura, se nos aparecería tan extremadamente hermosa como horrenda y tétrica lo había sido antes. La verdad negra se convertiría por arte de magia en la verdad luminosa, en la verdad radiante, y sería la vice-versa del caso anterior. Por eso existe la división del género humano en dos bandos: los optimistas y los pesimistas, bandos que, como las aguas de un mismo mar, según sea el vaivén que les marquen las mareas o los vientos, son, hechas olas, unas veces hondura y otras cima, abismo o espuma, o séase para el espíritu del hombre, tristeza o alegría, desgracia o bienaventuranza. Esto es lo que hace al hombre, en general, voluble, inconstante, principalmente cuando predominan más en él los instintos y pasiones que la razón (la mujer es un ejemplo elocuente), y no es un refrán de sanchismo exagerado aquel que afirma que cada uno habla de la feria como le ha ido o le va en ella.

"E pur, si muove".

Afirman los sabios y los divulgadores de la ciencia celeste, celeste por ser del cielo y por ser, también, en el tono de los símbolos, suave, amable, discurrente, contemplativa, sin el rojo furioso o sangriento de la que se dedica a la destrucción y a la guerra, o el amarillo pálido y triste de la que hace el apostolado de la medicina, por no citar en esta digresión de paso sino a los más significativos, afirman, decíamos, que la mecánica que mantiene y administra el juego regular de los astros de toda especie, acciona y funciona gracias a la equivalencia o equilibrio estable de dos grandes fuerzas contrarias que concretan o sintetizan en dos palabras, toda la vida del Universo: la radiación y la gravitación, una fuerza que "hace" constantemente vida y la irradia al espacio como un surtidor maravilloso, y otra fuerza conservadora por excelencia, que con igual constancia lucha tenazmente en sentido contrario para mantener la cohesión de la masa, para conservar la estructura de esa inmensa usina, hogar u hornalla en función. A la vez, fuera de cada centro nucleal, esa misma fuerza de contención, obrando de economizador y condensador de la materia esencial, retiene, reúne y da formas precisas a toda esa vida irradiada o disgregada que puebla el incon-

mensurable espacio de su influencia, no sólo con el objeto providente de que fluida no se disperse y se inutilice, sino para que al propio tiempo las substancias vitales, condensadas en soles y mundos, puedan ser, regeneradas y concertadas, nuevas simientes de nuevas fuerzas, a fin de que en la cadena infinita de su destino, continúen manteniendo perpetuamente encendido el fuego máximo de la Vida. Estas dos fuerzas supremas de sentido opuesto, inversas una de otra, no son, como se ve, enemigas, sino armónicas, y más que eso complementarias, coadyuvantes, y siendo la una la substancia y la otra su estabilizadora, no se sabría afirmar cuál de las dos es más valiosa y cuál más admirable. La vida está hecha de la oposición de los contrarios, ya lo afirmaban hace muchos siglos los peripatéticos y Heráclito, y es indudable que hoy, con la ciencia al día, se confirma, aun más allá de las ideas, como la exacta definición general. Vida cósmica, vida orgánica o vida energética, todo necesita para expresarse como tal la conjunción de factores de signo encontrado, el juego de fuerzas opuestas que se complementen, el polo positivo y el negativo para hacer el circuito, en fin, la unidad del equilibrio, y que en el hombre — el hombre es según Platón, una representación del Universo — viene a ser esa *sofrosine* ideal de los griegos.

Se admite como una conjetura satisfactoria que mientras la acción hacia afuera de la presión radiadora de los astros generadores de energía cósmica o de vida universal es dispersar esa energía como un sembrador, (el gran sembrador por antonomasia), la acción de la gravitación es, todo lo contrario, la de contraer, la de atraer hacia adentro, diríamos la de estabilizar lo instable, el desborde irresistible de esa fuente inexhausta que por su abundancia y su constante surgencia parecería más que dar la vida, disiparla. Sin embargo, conjetura por conjetura, cabría suponer que esa contracción que paulatina y paralelamente a la expansión irradiativa van sufriendo los centros de energía siderales, se puede deber precisamente a la pérdida de energía o de vida que significa esa expansión; que es un acto negativo o contrario como resultado del acto positivo, esto es, que la contracción de la masa (hacia dentro) no es más que un efecto de la expansión, dispersión o consumo (hacia afuera) de la energía o vida que contenía, masa que no obstante su movimiento de contracción y consunción se mantiene en el conjunto del sistema en su punto de equilibrio, ya sea porque otras fuerzas o pesos que recibe la compensan de las pérdidas irradiadas — el intercambio de elementos de la misma naturaleza bien puede ser una de las condiciones vitales — o ya porque no obstante la disgre-

gación general de los cuerpos y sus diferencias de volumen, la economía del sistema total — el espacio cósmico y sus estrellas y mundos — en nada se perjudica, puesto que cumpliendo el portentoso ciclo de sus leyes básicas, las fuerzas que van disgregándose por un lado se acumulan por otro y constituyen correlativamente nuevos núcleos y fuentes vitales. La vida es un acumulador que se descarga para "vivir", y esa vida después de vivida o descargada, pasa por acto de un equilibrio ya reglado por la Naturaleza, a formar otros núcleos de vida o de energía, otros acumuladores que también a su vez y a su tiempo se descargarán con el mismo efecto, y así sucesivamente.

Uno de los elementos que entran también en la perpetua reconstrucción del Universo y que es al mismo tiempo un efecto de la propia vida que quema dicho Universo en sus grandes hornos para subsistir, son los restos, las escorias, las disoluciones de aquellos núcleos de energía que habiendo cumplido ya a través de incontable tiempo su curva de evolución, se desvanecen al fin en el fermentado espacio y forman, quizá, ese polvo en suspensión llamado cósmico y que un día, amalgamado por la vida dispersada en luz o energía y en los átomos migratorios desde otros centros vitales en hervor, servirán de

armazón para formar nuevos soles y nuevos mundos.

Es común entre la gente lega en la materia, creer, siguiendo un razonamiento elemental, que en el principio de todas las cosas hubo algo o alguien que dió al Universo que las contiene el impulso inicial de movimiento y vida, que a través del tiempo y las edades sigue todavía. Unos le llaman Dios — es una manera fácil de explicarse lo inexplicable — otros una potencia de substancia de misterioso origen. No obstante esta creencia, a la que las religiones de dogma bíblico, sobre todo, han dado bastante pábulo con su concepción del Dios creador antropomorfo, teniendo en cuenta lo que la ciencia ha podido investigar y comprobar hasta el presente, cabe más suponer que el movimiento de la muchedumbre astral y su derivado la vida que desarrolla — la vida es movimiento y éste, a la vez, su consecuencia — ha provenido y proviene, así como se produce al encenderse una rueda de fuego de artificio, del impulso que dan la expansión y desenvolvimiento de las propias fuerzas de cada núcleo de materia en evolución -- desde el estado fluídico o ígnico al sólido — y cuyo equilibrio gravitacional entre sí y entre todo el conjunto se mantiene y se mantendrá posiblemente mientras las diferentes fuerzas en juego compensatorio o balanceatorio: radiativas, atractivas, repulsivas, de absorción, de

conmixtión, de imantación y aún de disolución, no alteren por fenómenos quizá predeterminados, el concierto de potencias y potenciales que es el Universo, y se modifique o se acabe (ésta es, acaso, una conjetura demasiado pretensiosa) tan magnífica creación.

En la técnica astronómica se divide el mundo sideral en estrellas fijas y en estrellas movibles, estableciéndose así el concepto, convencional desde luego, de que unos astros se mueven y otros no, concepto que no estando de acuerdo con la verdad real en unos casos y en otros con la verdad aparente, engaña a los que ajenos por completo a estas especulaciones, aceptan con la mayor inocencia y buena fe la sacratísima, por consagrada de toda sabiduría, palabra de la ciencia. Y aunque a todos los inocentes, como nosotros, nos parezca por visión y por sensación de influencia en nuestra vida física y psíquica cotidiana, que es el sol y no el planeta que habitamos el que se müeve, la verdad que nos hacen conocer los entendidos no es precisamente esa, puesto que por los medios que ha proporcionado al hombre su propia inteligencia superiorizada por la cultura — medios que están fuera de la lógica o comprensión común, ingenua, digamos — la verdad verdadera, nos dicen, y que para este caso sería la verdad oculta, la que "no se ve", es que el fenómeno se produce al revés de nuestro entendimiento,

esto es, que quien se mueve en el espacio con una rapidez increíble para nuestra directa comprobación, es nuestra casa terráquea y no su hermosa lámpara vivificadora, esa ardiente ascua redonda alrededor de la cual giramos o damos vueltas y a la cual y por la cual vamos prendidos . . . Esto no obstante, como tal versión técnica, digamos, para uso del vulgo, no es exacta por incompleta, creemos que ya que la ciencia desvanece con sus investigaciones la creencia popular acerca de nuestra situación con respecto al sol, o sea su verdad más evidente, sería a nuestro juicio de leal magisterio enseñarle a ese candoroso vulgo toda la verdad que no ve y no una parte de ella, haciéndole formar la falsa idea de que en el infinito astral existen estrellas fijas — fijo es quieto, parado, que no se mueve — (nuestro sol sería una de ellas) y otras que hacen todo lo contrario, cuando la verdad definitiva es diferente, ya que en el Universo no existe astro o planeta alguno que no se mueva, y lo que es todavía más importante, que ese movimiento sea en dos sentidos, en el de rotación y en el de traslación, sin contar todavía que los astros y aquellos planetas que llamaremos "vivos" porque se hallan en efervescencia vital, también se mueven dentro de sí, se revuelven en sí mismos por evolución, transformación o función de esa propia vida de que están dotados. ¿Cómo es que se desvir-

túa científicamente nuestra sensación de que es el Sol y no la Tierra lo que se mueve — sensación que tuvo como única verdad el hombre, (aun el sabio, el que "hacía" la verdad o la consagraba) hasta no hace muchos siglos, apenas sí cuatro, y esa misma ciencia desvanecedora de una evidencia directa, crea y proclama como concepto de último juicio, el convencional o falso y tan aparente como el otro, de que hay estrellas fijas y estrellas que se mueven?

Esas estrellas clasificadas como fijas, sólo lo son aparentemente y a causa de que no nos es posible apreciar desde nuestra ubicación y nuestra visual todo el movimiento que realizan por el derrotero que tienen marcado en el concierto de los sistemas, las cuales sin embargo, al igual de las demás ruedas del engranaje de la gran máquina estelar, se mueven en sus dobles sentidos rotativo y translaticio dentro de las condiciones y medida que sus características y posición les han deparado. Lo que ocurre es que como no salen del campo de nuestra visual, parece que ni ellas ni nosotros (la Tierra) nos movemos apreciablemente, y es por eso que cada hemisferio y cada latitud nos brinda permanentemente por las noches el espectáculo de unas mismas estrellas más o menos hacia los mismos rumbos y manteniendo siempre una parecida composición de conjunto. Sin embargo, toda esa innumerable

muchedumbre de estrellas está eternamente en marcha, cumpliendo su destino, su vuelta circular por el infinito, vuelta tan grande tan grande con respecto a nuestras modestas vidas terrenas, que para que nuestra especie pueda ver de nuevo este mismo firmamento de hoy después que haya cumplido un sólo ciclo completo, transcurrirán nada menos que veintiséis mil años (unas cuatrocientas treinta y tres generaciones humanas), lo que quiere decir que nuestras constelaciones del Sur, como por ejemplo nuestra famosa Cruz, ayer fueron del Norte, y que precisamente por no ser fijas ni haber nada fijo en el cielo, seguirán por los siglos de los siglos, mientras no perezcan, mudando de sitio y de latitud. Y así como el mundo que habitamos gira sobre sí mismo en vueltas completas de veinticuatro horas y alrededor del Sol en trescientos sesenta y cinco días, y aparentemente no lo parece, ese mismo Sol, eje de nuestro sistema y convencionalmente considerado como estrella fija, aunque aparentemente tampoco lo parece marcha también incesantemente y a gran prisa, con su séquito de planetas, rumbo hacia su hermano de clase el bello sol azul Vega, de la constelación La Lira. (Razón hay, pues, para que a nosotros los terrícolas "nos tire" tanto la poesía . . . y la música). Tampoco lo parece, y por lo tanto nadie que no sea un astrónomo lo diría,

que como habitantes regionales del Universo cósmico somos galaxios, esto es, conspicuos componentes de la Vía Láctea — nuestra Vía Láctea, pues hay centenares de Vías Lácteas en centenares de otros cielos — esa avenida o calle principal del cielo tan maravillosa que si nos tuviéramos, después de todo, en mejor aprecio, hubiera sido justo motivo de orgullo por habérsenos elegido, aunque con otros, entre tanta y tanta multitud sidérea, para ser material de su magnífico empedrado. Conque en esto de apreciar lo que hace y cómo es cuanto hay en esa bóveda sin fondo que llamamos firmamento — admitiendo que la capacidad humana de comprensión no tenga límite — todo es cuestión de distancia, de tiempo, de posición y de perspectiva, y es debido a ello que al hombre no le es posible y es casi seguro que nunca le será, conocer con exactitud la real existencia y función de la mayor parte de esos enjambres de soles, cosmos, esferas y torbellinos de materia en combustión, que arriba, abajo y a los costados de nuestro planeta y hasta lejanías y profundidades incalculables, pueblan el infinito espacio que nos rodea.

Cuando hube terminado el precedente discurrimiento sobre tema de tantos bemoles, alguien que por encima del hombro me miraba escribir, me interpeló.

—¿Y de qué estudios se ha valido usted para emitir tales opiniones?

—Pues... de los estudios de los demás, como hace todo el mundo... y además, de la irresistible debilidad que sentimos todas las personas más o menos cultas y ociosas, por esos vistosos ejercicios intelectuales que en las graves universidades de antes se llamaban doctoralmente cuodlibéticos.

—¿Cómo?

—Cuodlibéticos.

—Ah!

De las cosas de la Naturaleza.

Una sensibilidad de orden sagrado por su maravilla y su misterio, atrae e imprime en las membranas retentivas del cerebro todas aquellas vibraciones y emociones de la vida exterior e interior, que llegan como ondas sonoras y como ondas se adormecen poco a poco hasta callar indefinidamente en los senos de las células, si una voz de simpatía no las despierta, como resucitadas, del olvido. Con ellas nuestro ser espiritual vive, se contempla y asiste al espectáculo vario de la existencia, y confrontando sus formas y sus valores, examina los ámbitos de la Naturaleza, anda avizor por las tinieblas de lo desconocido, y busca el origen de la Materia, la definición del alma

incorpórea, el secreto irrevelado y recóndito de las Causas y los Equilibrios. En el correr de los días las sensaciones caen en la masa vibrante como invisible y armoniosa lluvia de voces de continuado eco, que acumulándose incesantemente se apagan y se suceden en el constante transcurso de las impresiones. Y como todos los fenómenos del mundo moral, la visión espiritual nace y se sustenta de las potencias físicas, y sigue las mismas vacilaciones que mueven a éstas en el constante fluctuar de las fuerzas y de la salud. La idea decae cuando la carne desmaya, falta de vigor. El pensamiento se desenvuelve sin esfuerzo cuando el sistema se ha nutrido a satisfacción. Y al compás de tales variantes el cerebro produce sus manifestaciones, ya débiles e insuficientes en un caso, ya sólidas y naturales en el otro. Sin embargo, no siempre las provisiones que acumula son impulsos y energías para la maravillosa máquina. Son tan endebles sus resortes y sus engranajes padecen tan sensiblemente las influencias recibidas, que un exceso de elementos de poder le producen el mismo efecto negativo que si careciera de ellos. Un embotamiento le sujeta, un peso inerte le ahoga, una impotencia le anula y le lleva a la nada de lo insensible y de lo infecundo. Entonces, viene la necesidad orgánica de la liberación, la función revolucionaria que ha de despertar por vara mágica el encanto

dormido, el estremecimiento que avivará la llama celeste sumergida en las hondas tinieblas. La Naturaleza dispuso que el hombre, amando, se perpetuara en la eternidad. La Naturaleza defiende a sus creaciones, y sobre todo al hombre, su obra maestra. Por eso, debido a una prodigiosa combinación de equilibrios, el ente humano al fecundar se fecunda, agrega un eslabón a la cadena de la especie y al mismo tiempo, por efecto mecánico y automático, restablece y exalta su personalidad de animal superior, inteligente, director de la Creación, elegido entre los seres para buscar a Dios en el Universo.

Cómo se escribe la Historia.

En el gran escenario de la Historia, el Kaiser, Mussolini, Lenin, Hitler, no son más que personajes de monólogo, autores y actores al mismo tiempo, exclusivas voluntades individuales — no representativas de colectividades, de pueblos, de civilizaciones — que se diferencian entre sí según el pretexto histórico o circunstancial que adoptaron en el momento oportuno del cual se aprovecharon para hacer triunfar sus personales ambiciones, o ideas, o locuras. Napoleón, más genial que los otros, también lo fué, como lo fueron todos los conquistadores de la vieja y la nueva Histo-

ria. Bajo tales influencias el mundo, o la parte de mundo donde cada cual pudo extender su dominio, sufrió (nunca más exacto el verbo) las transformaciones, muchas de ellas fundamentales y decisivas, que ese uno, en nombre de la divinidad, de la voluntad popular, o de cualquier ideario, quiso y pudo imprimirle de acuerdo con su antojo, su entendimiento y su poder; transformaciones que las multitudes, coincidieran o no con su opinión, su deseo o sus intereses, no tuvieron más remedio que soportar, y aceptar, y vivir. Y así se ha "producido" la Historia, casi toda la Historia, sobre todo la más trascendente y trágica, la de guerra y sangre, que es la que a través de los siglos ha hecho dar más giros, marchas, conversiones y contramarchas a los desventurados rebaños de la humanidad. Sin embargo los historiadores, tanto los de hoy como los de ayer, desde aquellos que elevando de categoría a los antiguos relatos orales de los hechos vividos por razas y naciones, hicieron crónica cronológica y certificada, estudiaron los hombres prominentes y los hechos, y derivaron de todo ello, para enseñanza del porvenir, una filosofía, — confunden inexplicablemente, quizá por un error de visualidad mental, al actor con el sujeto, la causa con el fenómeno, lo accidental o azaroso con lo natural y permanente, y dándole a los pueblos, a las generaciones, a las épocas hu-

manas, personalidad, autodeterminación, voluntad propia, explican y justifican los sucesos y derroteros históricos como expresiones conscientes de sus necesidades vitales o de sus ideales raciales, nacionales, corporativos o hegemónicos. Un desastre, una caída, un derrumbe, lo interpretan como el término de un proceso degenerativo; una época de auge, de abundancia, de apogeo, como la culminación de una prosperidad triunfante, cuando la mayor parte de las veces todo ha sido obra inconsciente y ciega de las circunstancias, de los hechos combinados, y en no pocas ocasiones, de esas voluntades o poderes impulsivos sin más razón ni ley que la fuerza prepotente de las armas, en fin, de los despotismos de un hombre, llámese reformador, conquistador, o tirano. Casi nunca esos hechos, grandes hechos de honda repercusión en la historia humana, son crisis de un estado de cosas provocado por su propia madurez, o algidez, o punto de resolución, por evolución cumplida de un fenómeno de causa predeterminada, sino crisis incongruente, ilógica, inesperada, de violencia, así como la muerte que llega por accidente y no por vejez, la destrucción que se produce por catástrofe o violencia, no por caducidad o disolución natural. Esta diferencia es frecuentemente equivocada por críticos y filósofos, por estadistas e historiadores, quienes debido a una ofuscación o miopía incompren-

sible en ellos, confunden los grandes efectos de la Naturaleza, del determinismo histórico y de la evolución de la vida de las sociedades, con las causas adventicias y arbitrarias que en un momento determinado deciden, por su gravitación irresistible, precipitando y cambiando el curso normal de las cosas, causas que por tener generalmente como origen las ambiciones más salvajes del hombre: los triunfos guerreros, el botín, los goces materiales, son funestas casi siempre, porque casi siempre son negativas y destructoras, subversivas y regresivas, brutales en suma.

Dichosos pueblos de niños...

Para ciertos pueblos de nivel intelectual mediano, aúnque de extraordinaria capacidad para el esfuerzo, pueblos fenicios, pueblos hormigas, pueblos enjambres cuya miel es dulce sólo porque es oro, el ideal artístico de sus monumentos o de sus obras monumentales, son los "rascacielos", las montañas de casas sobre casas, de hogares sobre hogares, uniformes, iguales, sin diversidad, sin idea compleja, montón de habitáculos de colosales proporciones y de sumaria y monótona arquitectura de planos y de cubos, semejantes, en su acumulación, a las celdas de las colmenas, semejantes, en la tendencia a elevarse con des-

mesura, a los nidos monticulares de los comejenes o termites. Tales pueblos demuestran que son niños aún, párvulos mentales ante todo, y que el máximo de su admiración, el punto mayor de su ambición, está, por el momento, en hacer, como en juego, cosas altas, en imitar a las montañas, que es lo primero que ha maravillado a sus mentes infantiles, que han sido de las primeras cosas que vieron sus ojos nuevos en el mundo, y además, como otra expresión de su chiquillería, en forzar, curiosos, atrevidos, porfiados, las misteriosas leyes del equilibrio y la gravedad.

Porque en resumidas cuentas, ¿qué son los *sports?* Juegos. Juegos de niño realizados por hombres, trabajos recreativos llenos de incidencias fútiles, de ingenuidad, de gestos, de ritos, de convenciones pueriles, y no pocas veces de instintivas expansiones animalescas. Los países de esta índole racial son los que más los practican. El *sport* no es tomado en primer término como ejercicio, como kalistenia, como método de salud, de fuerza y de belleza — supremo ideal del pueblo griego, modelo de razas—sino ante todo como distracción, como juego, como cosa de esparcimiento del que se siente feliz o quiere serlo dando suelta y loco placer, siempre que le es posible, al infante expansivo e incontrolable que el hombre ha de guardar en su ser, durante su vida entera, como el tesoro más dulce y de

más avaricia. Lo malo, o por mejor decir, lo ridículo y lamentable que tiene esta idiosincrasia humana, es que un asunto de tan poca monta, una típica cosa de niños y hasta de animales — jugar, recrearse, dar expansión al yo físico — por fuerza de la costumbre, de la necesidad y del tiempo, haya concluído por adquirir, en volumen y en formalismo, una importancia igual y mayor, en muchos casos, que la que tienen, en la vida del hombre, las cuestiones más graves y trascendentales. Ved, si no, lo que ocurre en todo el mundo civilizado, y sobre todo en esos pueblos niños a que nos referimos al principio. Grandes esfuerzos físicos y disciplinas, ingentes gastos, solemnes ceremonias de comisiones, asociaciones, asambleas, con sus discusiones y sus tecnicismos, con sus leyes y sus reglamentos, con sus Demóstenes y sus historiadores, con su secuela de doctos profesores, de celebridades, de héroes, de campeones, de apoteosis culminadas entre el frenesí de las multitudes y el ditirambo hiperbólico de un periodismo y una literatura de más nutrida opinión que la que se dedica en cualquier colectividad civilizada por muy culta que fuere, a los problemas más profundos o primordiales de la vida. Y todo, todo, ¿para qué, oh santo genio de la especie? Pues para lograr en conclusión que las trompetas de la fama pregonen *urbi et orbi*, que el campeón tal ó el equipo

cual, de ésta o aquella venturosa ciudad, ha sabido en determinado momento—momento histórico — embocar mejor que el extranjero en un hoyo con una pelota de caucho, hacer "estremecer" una red con una pelota de cuero (el *golf*, el *polo*, el *football*) u otras habilidades por el estilo!

En tan singulares pueblos los deportes están incorporados a la existencia del individuo, de la raza, de la nación, en esa categoría moral superior que se puede llamar sagrada; a la misma altura devocional de la religión y de las tradiciones; siendo fácil ver cómo un triunfo o una derrota en *sport* repercute de inmediato en el alma colectiva y se convierte en una sensación nacional, en una emoción que conmueve al país entero con toda la arrebatada fogosidad afectiva del amor patriótico. No será, quizá, el triunfar o el perder una absoluta cuestión de honor en su sentido más agudo y más fundamental — (sin embargo se dan casos de que lo sea) — pero es indudable que este poderoso agente de aspecto y realidad tan inocentes, es un exaltador del orgullo, un terrible perturbador de la sensitiva vanidad nacional, y por consecuencia, hasta un peligro a veces para la buena armonía internacional.

En resumen, ¿será cuestión, acaso, de exclamar: Dichosos pueblos de niños? Si esto fuera así como última definición del hombre en el mundo, deberíamos dejar de una vez,

nosotros los pueblos solemnes antes que nadie, nuestra trágica máscara de entes graves, nuestro petulante empaque de seres eminentes por sobre todas las cosas, esa fatua importancia que desde nuestro Olimpo terreno nos solemos dar filosofando y haciéndonos los dioses, ya que al cabo al cabo el espectáculo del *homo sapiens* no habría de ser más que apariencia, nada más que sugestión y comedia, tonta y ridícula comedia de monos sin pelambre, de niños candorosos de la cuna a la tumba, que para soportar los infinitos problemas de la pesada vida, todo o casi todo lo hacen juego, y como animalillos soñadores de poca potencia cerebral, para no perecer de locura, haciéndolo juego, todo lo vuelven fantasía.

Las horrendas calamidades.

La guerra mundial, mientras destruía al hombre y su riqueza, que era su obra y su bienestar, destruía su moral, que era su civilización, y cuantas nobles virtudes de grandeza y de amor atesoraba en su cultura de selección la especie humana. Terminada la lucha, la más formidable de todos los tiempos, con la victoria de los unos y la derrota de los otros apareció la miseria y el hambre por doquier, el desastre del mundo entero, combatientes y espectadores, culpables e inocentes,

el vórtice apocalíptico en donde se hundían a cada instante los más preciados valores de nuestro espíritu. Después de cuatro años largos de destrucción salvaje, el hombre que fué a la guerra abandonó a sus dioses, a sus señeros dioses morales: la honradez, el bien, la pureza, y negándose a sí mismo como ser superior, se degeneró, volvió a la lujuria de sus apetitos, a las raíces bestiales en que su inteligencia de perfección se hallaba injertada. Licenciadas las legiones, diseminadas como una manada de lobos por todo el orbe, a veinte años de aquella hecatombe, estamos todavía en el tiempo triste y sin fin en que incursionan desesperadamente por los pueblos buscando feroces dónde saciar su hambre. La guerra le quitó valor a la vida. Enseñó que era tan fácil matar como morir. La paz con hambre, la vida de sostén incierto, el morir sin morir de la necesidad vital de todos los días, es mala consejera, y al que erigió el homicidio en oficio, poco le cuesta ya buscar a la víctima para hacerse de botín. Matar, robar, entregarse al pillaje? Bah! ¡Qué importa eso! No es culpa suya si al homicida se le llama héroe en la guerra y asesino en la paz. Y es así que el virus ha penetrado en todos los órdenes sociales, y que engañar, mentir, traicionar, es hoy cosa de poca monta, *peccata minuta*. La honestidad, la lealtad, los ideales, ya no existen. Todo se asalta y se conquista como en la guerra:

alevosamente, de sorpresa, en encrucijada, ya sea al hombre, a la propiedad o a las instituciones. Dedicados al mismo menester la espada y el puñal, son armas que se equivalen. Bandidaje, *maffia, gangstería;* pillastrada arriba y abajo. El más brutal, el más cínico, el más audaz, es el que vence, y el que manda, y el que oprime, el que pondrá cadenas a nuestros huesos y a nuestros pensamientos, y el que con monstruosa inconsciencia de déspota dictará la sentencia de nuestra muerte, o las condiciones de nuestro futuro vivir. El mundo ha concluído por dividirse en fuertes y débiles, en tiranos y oprimidos, en víctimas y victimarios. Tal es el cuadro patético, tales son, en resumen, las horrendas calamidades que nos trajo la guerra. Por eso cuesta creer que un filósofo tan profundo como Ortega y Gasset, que ha inquirido con tanta sabiduría en la vida y en la historia del hombre social, afirme sin vacilación en "Esquema de las crisis", que es un "grave error echar mano de la guerra mundial para explicar los cambios profundos acaecidos en la humanidad"!

Os embriagais con palabras...

¡Oh, pensadores, escritores, filósofos, poetas que os embriagáis con palabras y creéis que debido a vuestros eminentes "mesteres" sois

los que lleváis a la muchedumbre humana por los rumbos más ciertos, hacia los más gloriosos destinos!: Vuestra humosa vanidad, vuestro orgullo soberbio y vuestro límite mental no os dejan ver que al lado vuestro, en todo vuestro derredor, existen miles y miles de otras posibilidades diferentes, miles y miles de semejantes que sin desconoceros en lo que valéis, pueden tener en sus cerebros otros conceptos de las finalidades de la vida, otras representaciones del mundo, otras fantasías acerca de la misión y destino del hombre sobre la Tierra, otras ideas más ciertas y mejores, quizá, que las vuestras!

¿Por qué habéis de ser vosotros en vuestras versiones interpretativas, los únicos o los verdaderos?

¿Por qué ese orgullo así, pertinaz, pavoneado, despreciador, estúpido?

¿No puede acaso suponerse, por lo menos, que el mundo, el hombre y la vida en su cada parte y en su relación, en su principio y en su fin, en su física y en su sentido de existencia, son de otra manera distinta de como los veis vosotros, y que es posible que todo o mucho de lo que imagináis de todo, no sea más que falso, infantil y deleznable?

¿Por qué sólo, como queréis vosotros, han de ser la cultura, la ciencia, la filosofía, las artes, y entre las cuales principalmente las de la palabra, las que han de dar la pauta de la

grandeza humana, las que han de indicarnos el camino de la felicidad y llevarnos a todos hacia la fabulosa meta de la perfección? ¿Sabemos, en realidad, lo sabéis vosotros acaso, qué cosa es en definitiva el bien, nuestro bien, qué cosa es el mal, qué son o han de ser algún día, allá en el fondo de nuestro largo y penoso camino de purificación, el triunfo, la felicidad, la perfección?

¡Oh, pensadores, escritores, filósofos, poetas que os embriagáis con palabras y creéis, y queréis obligar a creer, que el mundo sólo es como el sentido de vuestras palabras! Vosotros érais lo único hasta ahora, para mí, que parecía indiscutible, ante todo, primero que todo, a la cabeza del Universo, porque vosotros érais en él la cumbre, el espíritu, la civilización, la sabiduría suprema, los superhombres, un poco de divinidad. Hoy al veros, al fin, como sois, vagando en vuestro cielo vacío, envueltos en vuestro aire de dioses, embriagados, mecidos y adormecidos con vuestro exquisito rumor armonioso, siento pena, un poco de compasión por vuestra aparatosa flaqueza, y también ¡ay de mí! crueles e irreverentes ganas de sonreir!

¿Qué eres, hombre?

Ciega tu alma para descifrar tu destino y para penetrar en los grandes misterios de la

Vida, andas a tientas por el mundo, llenándote de heridas y amarguras. ¿Era ésta tu misión sagrada, era ésta tu suerte en los designios divinos?

Cuando sueñas, suspiras.

Cuando luchas, sufres.

Cuando meditas, lloras.

Lloras porque no estás conforme. Sabes que hay en tí la fuerza todopoderosa, la llama que haría el milagro de la luz en la densa sombra, pero sabes también que una fatalidad de arcilla deleznable te encadena y te anula.

Y lloras porque eres impotente con las manos llenas de armas, porque tu vida pasa y tú pasas en la Vida sin poder gozar de las infinitas formas de la felicidad y de la belleza que desfilan para siempre por tu lado.

¿Qué son, sino — campo de lucha sin victoria — los días iguales, duros, revueltos, vertiginosos, llenos de ciego debate, donde todo es feroz emboscada, donde los hombres no son tus hermanos sino tus verdugos, donde no hay un rayo de esperanza que aliente al corazón? ¿Dónde encontrar el reposo, el seno amable, la senda dulce que te lleve a las tierras generosas que hagan florecer para tu regalo la flor del ensueño, que den al árbol del ideal la savia vigorosa que le mantenga incólume y eterno en la realidad?

Hombre, paria, mísero penitente, bendice el bálsamo de tus lágrimas!

El ojo de Dios.

Vivimos en el ojo de Dios. Para tí, hombre, animal egocéntrico, indiscutible rey del Universo, el Mundo es su globo, el azul su esclerótica, y la pupila, la errante, la infatigable pupila, el Sol. Por eso estando tú en él, crees que él está en tí, y por eso te sientes su hijo y su idea, su substancia y su obra maestra. Si te lo representas como tú, te diré que Dios puede ser un cíclope de un solo ojo. Si no te imaginas cómo es, te diré que Dios es todo ojo, es sólo ojo, un ojo único que está y ve en todas partes, que como la materia, vive de sí y para sí. Por qué existe, hacia dónde mira y hacia dónde va, preguntarás tú. Existe en acción de una idea, en camino de un destino, mira hacia la armoniosa perfección, va hacia una finalidad de grandeza inconmensurable cuya culminación cósmica es la luz total, y cuya definición espiritual es el goce de la suprema bondad y de la suprema belleza en la inefabilidad del Nirvana.

Para contemplarlo en todo su esplendor y quizá para comprenderlo, tendrías que mirar ese ojo fuera de él, frente a él, del otro lado de la comba del cielo que te cubre, que te encierra en su ilusión de bóveda, como en una prisión; sería preciso que te libertaras de tu insignificancia humana, y fuera de los límites

de tí y de tu mundo, fuera de tu pequeñez de eterno actor de un mismo drama repetido en un mismo y estrecho escenario, volaras libre e ilimitado en el éter infinito, como un átomo de los elementos, latiendo en una perpetua vida sin sombras, sin misterio y sin muerte.

Así hablaba Zarathustra.

Gregario.

El filósofo se convence de lo que vale cuando confronta sus ideas con las ajenas. Si su pensamiento halla en el ambiente su misma lógica y su misma verdad, llega a ver con satisfacción que su cerebro es cuerdo y su organismo normal. Pero, ¿acaso bastará esta revelación para el hombre que ilusionado de su yo, esperanzado en lo que pudiera ser, llega un día a descubrir que sus ideas son las comunes, que su inteligencia es la corriente de la especie, que en sus células cerebrales no existe el estado físico y dinámico que hace la luz nueva, desconocida, original, que sobre la altura uniforme de las multitudes destaca la cabeza extraordinaria del genio? ¿No es de una tristeza desoladora comprender que en la suerte de las creaciones de la Naturaleza, *uno*, nuestro yo tan querido y contemplado, no ha sido más que una forma de tantas del molde

común, una concepción vulgar e igual a todo el número innúmero que eternamente pasa?

Cuídate del pecado.

El hombre honrado debe cuidarse tanto de la adversidad como de la buena fortuna. Cuando eres desgraciado, las necesidades te acosan para que caigas en todos los pecados y te envilezcas en todas las abyecciones. Cuando la prosperidad te colma de bienes y de dichas, tus instintos te instigan con dulces vanidades a olvidar que debes ser justo y que tu destino moral es purificarte sacrificándote en el amor común de la especie, en la unidad consubstancial de la Creación.

La noble intención.

El hombre no es un ser tan malo como generalmente él mismo lo cree. Si no ama a su prójimo, por lo menos lleva latente en sí la noble intención de hacerlo, pues de sus variados sentimientos, pocos son los que tienen tantos nombres como la Piedad, que es también Compasión, y Lástima, y Conmiseración, y Misericordia.

Es sabido que el hombre sólo le da muchos nombres a las cosas que mucho usa, o a las virtudes que mucho ejercita . . .

El bien a pesar de todo.

Aunque la Justicia — supremo ideal de la razón pura — debiera ser siempre el bien, el bien no es siempre la Justicia. Queda entonces al juicio del hombre ecuánime el saber pesar cuándo se debe hacer el bien aun perjudicando a la Justicia.

El poder cimentado en la injusticia.

La fábula del que fué a buscar al campo los asnos de su padre y se encontró en cambio con un reino, es el símbolo, la alegoría de lo que es el hombre en la vida, que de la nada puede llegar, por los accidentes de la misma vida, a serlo todo. Pero, para tristeza del alma ecuánime, es también denigrante representación de la injusticia, de la justicia inmanente y ciega de la vida, que no da el premio, el galardón o la facultad todopoderosa de dirigir, de poseer el gobierno de la vida de los hombres, a aquellos que se lo merecen por más capaces y meritorios, por estar más de

acuerdo con el derecho y la razón, por más grandes al ser más bellos, al aproximarse más a la armonía moral y a la perfección por la suma de las virtudes. Esta parábola bíblica, siendo la alegoría de la suerte humana, realidad amarga del desventurado hombre, es indigna de representarse como la idea de Dios, como obra de la voluntad divina, y desgraciada mentalidad tuvieron los que creyendo interpretar el pensamiento del Sumo Hacedor, escribieron el libro sagrado para edificación y suprema guía de su Hijo en la Tierra. Todo poder cimentado en el favor es injusto, y al ser injusto es inmoral, degradante para quien lo da y lo alienta predicándolo, corruptor para quien lo recibe, y criminal para quien lo invoca como el propio espíritu de la Divinidad.

Es preciso tener grandes ideas.

No basta para alcanzar jerarquía que el hombre tenga ideas, si ellas son pequeñas o ajenas. Porque si son pequeñas sólo le servirán para su uso personal, y si son ajenas, le llevarán, aunque no lo suponga, a ser vulgar número de rebaño. Para ser algo es preciso tener grandes ideas, nuevas y grandes ideas que por su universalidad adquieran sobre el mundo la extensiva denominación de ideales, ideas que

sean banderas de redención y apostolado, cruzadas contra el mal y armas del porvenir. Unicamente así las multitudes os podrán llamar jefe, conductor, maestro, genio individual de la especie.

La facultad genial.

Por lo general, la facultad genial, como un fuego de artificio, se enciende y deslumbra a costa del equilibrio de las luces menores, las potencias normales. La Naturaleza busca una compensación a su armonía, desequilibrada por el fenómeno, y hace de todas las virtudes mediocres una virtud sobrenatural y monstruosa, que es montaña y nube al mismo tiempo, luz y abismo, locura y divinidad. Y es así que la mayor parte de las gentes, niveladas bajo el rasero del sentido común, del "buen sentido", niegan y blasfeman contra el gigante que se ha levantado hacia el infinito sobre el anónimo gregario de su cordura.

Derivamos hacia la incoherencia.

La Europa, o sea la civilización, se muere, dice Andrés Maurois, de un lenguaje mal hecho. No creemos que la cosa sea tan grave

como para morirse. Pero sí estimamos que se va fatalmente derivando hacia una disolución de la sensatez humana, y por consiguiente de su inteligencia y su civilización, y que gran culpa de ello la tienen dentro de las zonas ilustradas los simbolismos, decadentismos y vanguardismos por un lado y la ignorancia audaz por otro, que han alterado y falsificado el lenguaje, desnaturalizando por consecuencia el buen sentido de los conceptos con que el hombre había edificado su conciencia, quitándoles de un día para el otro, porque sí, por novelería, por postura o por temeridad irresponsable, su conspicuo y verdadero entendimiento, su justo valor semántico, pesado, medido y consagrado por una larga tradición cultural. Por esa alteración del lenguaje—alteración de violencia, no de evolución—nos vamos a la confusión general, y de ahí, por la incoherencia y la discordia, a la locura. Los grandes mentores intelectuales y morales del mundo debieran dar la voz de alerta. Hay que prevenirse del disparate y de los disparatadores como de un corrosivo, como de un disolvente. Pensad que nuestra razón, que nuestro juicio, que nuestra cordura inteligente, se sostiene, se concierta y se manifiesta por medio del lenguaje, y que siendo esa razón, ese juicio, esa cordura toda nuestra superioridad, nuestro supremo tesoro, apenas si tiene la consistencia, la endeblez de un hilo!

Bendito seas, dinero.

El amor, el amor del hombre civilizado, para vivir, para triunfar, y ¡oh, ironía!, para elevarse sobre la materia de que procede, necesita nutrirse con dinero. No es que el amor se compre directamente como en un negocio, sino que el dinero, su taumaturgia, lo adorna tanto, lo embellece tanto, tanto lo alimenta, que en un asedio pasional difícilmente se resiste a sus tentaciones. Puesta una mujer a elegir entre el corazón de un rico y el de un pobre, no cabe duda sobre quién será el vencedor. ¿Acaso esto quiere decir que esa mujer se ha vendido? No. Quiere decir que le han ganado los mayores encantos, la mejor sirena, el que le hizo la corte con más fascinante seducción. El amor culto, el amor de gentes, el amor de la civilización, hijo de un gusto refinado, de un espíritu selecto, de un pensamiento soñador, necesita ser embellecido, idealizado, desmaterializado, porque quiere subir de categoría, elevarse a un plano superior desde el fondo del acto bestial común a hombres y animales, y eso en gran parte sólo se obtiene con la sugestión del artificio, de las materialidades agradables, de las esplendideces que trae en abundancia el oro y su poder. Después de los sortilegios del cuerpo y del alma, y muchas veces cubriendo su falta, el dinero — vara mágica que encierra en su virtud todos

los bienes terrenales del hombre — es el poderoso medio de que se vale el individuo social para realizar mejor la finalidad del amor y para gozarlo con más intensidad y perduración. El mismo acto de adorno y seducción lo realizan aún los animales, ya poniéndose tiernos, o componiéndose, o cantando, o danzando, o haciendo carantoñas y arrumacos no muy distintos de los que hace el hombre enamorado, que si en mucho nos separamos de las bestias, en algunas cosas como en el celo, en la paternidad, en el hambre y en general en las pasiones instintivas, nos parecemos tanto hasta confundirnos en una misma fisonomía ancestral. Negar la enorme contribución del dinero en el amor del hombre y en la felicidad de ese amor, y más aún, despreciar tal contribución y hallarla vil y degradante, es ir al tópico, ridículo ya, de los románticos cursis del pasado siglo, que para hacerse los sublimes y los puritanos en amor, sintetizaban el ideal idílico en no ser de este mundo ni en la carne, y para execrar todo comercio con el oro corruptor, reducían sus ambiciones terrenales al paupérrimo "Contigo pan y cebolla".

Sí. Bendito seas, dinero, que das el amor lleno de belleza, que haces de un acto de bestias, una milagrosa delicia de dioses!

Carta a una mujer.

. . Porque yo no te era indiferente. Lo veía en tus ojos, que al caer en los míos, se enceguecían alucinados. Lo veía en el rubor de tus mejillas, en la fiebre de tu piel, en el temblor de tus manos, en el efluvio cálido, que como juventud en combustión, subía de tu carne ardida por el amor. Lo veía cuando al soplo abrasador de mi palabra encendida por mi deseo, tu sexo te latía ansioso en las aletas de tu nariz, en la humedad roja de tus labios, en el arco flexible de tu boca siempre pronto e impaciente por lanzar su flecha, flecha de besos para heridas de Eros. ¿Belleza física? Era mi amor que con su lámpara maravillosa iluminaba tu carne y hacía tu belleza. ¿Belleza moral? Belleza moral, tampoco. Eres falsa, y cruel, y pérfida. Tu alma es opaca y no siente las vibraciones de otras almas. No eres más que carne, materia, sensualidad. Tus ideas son tan cortas como tus cabellos, y tus ojos no ven el mundo más allá de la superficie aparente de las cosas. Por eso ese carácter extraño y contradictorio que mi adoración admiraba en tí como un enigma, sólo era inferioridad e ignorancia, cinismo y vulgaridad. Tú me has pervertido, me has encanallado, has hecho caer en la ignominia de todas las perdiciones y de todos los pecados, la prístina pureza de mi alma, la nobleza de mis

más delicados sentimientos. Abandonado y burlado por tí, ha estallado en mi pecho el fuego morboso de las malas pasiones: la venganza, el odio, la calumnia, la envidia, el rencor, la ira roja del crimen, el desborde funesto de los vicios: la embriaguez, el juego, la disipación, el libertinaje. De un santo has hecho un demonio, porque tú, mujer infernal, infiltraste en mi sangre y en mis sentidos la fiebre rabiosa de la bestia herida. Eso. No soy más que una bestia herida que vibra de encono y quiere vengarse. Y esa bestia es una víbora, una víbora que con toda la hirviente ponzoña de su ambición burlada, con toda la furia de su poder menospreciado, desea, quiere, ansía aprisionar tu cuerpo en un amplexo torturante, y haciéndote agonizar en largo suplicio, exterminarte.

Después de llenarme de esperanzas, de ilusiones y de besos, "tú no eres mi tipo", me dijiste, y como si el cariño fuera una moneda, en un instante le diste vuelta de cara a cruz, y en ella, en esa cruz, con impasibilidad de verdugo, me crucificaste, con clavos de muerte, con rigor de herejía, como si de pronto un imperioso mandato te impusiera la voluntad de hacerme padecer y aniquilarme. ¿Lo habías premeditado? ¿Es que yo no era lo que tú buscabas? ¿Es que te espantó el miedo de caer en el vórtice indominable de mi inmenso amor? Todas las malas pasiones que bullen hoy

en mí me piden, con impaciencia implacable, que elija de ellas para darte el tormento que mereces, la pena vindicatoria de tu maligna entraña. Y mi corazón lucha, y mi corazón llora, porque sin embargo de todo, mi corazón te ama y te perdona. El fué un instante feliz por tí y no lo olvida. Algo de tí le diste, sincera u ofuscada, y es por ello que agradecido hasta la esclavitud, no puede ahora devolverte con hierro lo que tú con hierro le causaste. Pero como no es posible que quede impune tu crimen despiadado, mi razón justiciera te augura como suficiente castigo, que alguien, ira de los dioses o instrumento del destino, haga con tu corazón, cuando padezca de amor, lo que tú, ingrata, injusta, cruelísima, has hecho con el mío! — *Jaime.*

Pasión.

Besándote lentamente en los ojos, en la boca, en los pechos, yo llamaré irresistiblemente a las puertas del amor.

En el vibrante arco de tus piernas yo dispararé, en nombre de Dios, la flecha de la Vida.

Sin embargo, hay algo en tí que no es tu cuerpo, ni tu amor carnal; pensamiento, sentimiento o instinto, tenaz espíritu en presencia que manda como un atavismo, que da

carácter a tu ser, calor a tu sangre y belleza a tu juventud.

A una misma altura están nuestros sexos, a una misma altura nuestras bocas, y entre nuestros besos y nuestra cópula, laten iguales nuestros corazones.

En la vida somos, acoplados, una máquina; en la especie, la unidad; en el amor, la armonía.

¿Dónde estás, alma?

Ten-Hian, poeta clásico chino, refiriéndose al amor de la mujer, dice que ésta tiene el corazón dentro del vientre. Naturalmente que ese vientre es el vientre genésico o su vicio sensual: el placer lascivo. Pero el hombre, la pareja completa, ¿dónde lo tiene? Parecería que en ese mismo ámbito de los instintos primarios, pero más arriba, en el estómago, en el intestino, en ese grosero tubo o caño de digestión y asimilación que fué el primer fundamento, la base, el eje, la fragua motora de la vida animal, desde el vil insecto al hombre, hijo — ¿hijo? — de Dios. Y si no fuese así, ¿por qué es que nuestras más grandes solemnidades afectivas, nuestras más señaladas consagraciones intelectuales o sentimentales, las celebramos, como expresión suprema de la dicha, comiendo? En el amor, la cena de bo-

das. En la amistad, en las reuniones fraternales, en los homenajes, los ágapes y banquetes. En la religión, Navidad por ejemplo, manducando y libando hasta delirar. Siendo el alimento, por lo tanto, nuestro más elocuente tributo, nuestra máxima demostración de alegría, ¿es posible que seamos en la vida algo más que carne, sensualismo, materia? ¿Hay, acaso, entre la intención que creó al hombre y la que formó a la bestia, alguna diferencia?

Ah, pobre alma! A veces, cuando no tenemos hambre, tú también eres una cosa bonita!

Piernas de mujer.

Oh, piernas! Oh, piernas de mujer! Caminos del templo; avenidas del deleite; antenas del sexo; promesas del paraíso; columpio de la copia; prisiones del frenesí amoroso; florido seto del huerto sagrado; clave del misterio; sésamo del milagro; visagra de la Sublime Puerta; engarce de la unidad vital; varas mágicas del hada Afrodita; garfios del íncubo y del súcubo; tenazas de la brasa ardiente en la fragua matriz; pinzas que atizan el fuego erótico en el hogar que el lecho enciende; palancas con que la especie machihembra los eslabones de su doble cadena; dulces prensas del troquel donde se acuña, incesante, la efigie de la criatura humana; ten-

táculos del pulpo sensual; extremidades que también son brazos en el amplexo total de la posesión suprema; cerco y sendero; pórtico y escala; cimientos, soportes, señeras columnas de la ciudad de los Dioses Padres, donde Eros y Anadiomena perpetúan en la idea Hombre la flor de la llama Vida, y en cuyo edificio los capiteles son caderas y el bosque de Venus volutas y hojas de acanto; Ues y Ves mayúsculas del abecedario de la Creación; lazos que atan al placer para exprimir el jugo inebriante del deliquio; serpientes gemelas que se enroscan al cuerpo poseído; péndulos afrodisíacos del celo cuando la fémina en ristra y sobre una pierna danza y llama en los espectáculos coreográficos; andaderas mezcoladas de los balnearios, en las exhibiciones del desnudo por las zonas francas del impudor; anuncio y muestrario de la mercancía saciante en la feria de los apetitos; cartel de los deseos y de las lujurias; proclamas de los lupanares; angarillas del pecado que ofreciéndose espera; agujas de horas y minutos en el infatigable reloj del amor, donde los instantes son noches y días eternos; gozo y dolor a un tiempo; sol y sombra; cumbre y abismo; cima y sima; sí y no, oposición, contraste, unidad, antinomia, totalidad, infinito!

La moda con su falda corta ¡oh mujer! al abreviarte el vestido y el pudor te animalizó, te desencantó, le quitó a la carne bes-

tial la ilusión que la hacía filtro, y delicia, y divinidad. Ahora, popularizada, publicada, democrática, tus piernas parecen ser únicamente vehículos del sexo, andas de hembra, triscantes de cabra!

Cuando el templo ya no es recinto sagrado y sólo cueva de mercader, las piernas, que son los pilares que lo sostienen, se convierten en la muestra de la tienda, en el pregón de la subasta, en el salaz reclamo del alquiler. Y de ahí las piernas profesionales de las bailarinas y las meretrices, de las modelos y las estrellas de cine; de ahí las piernas populares, las piernas públicas, las piernas de todos; piernas de mercado, de granjería, de gancho comercial; piernas chirles, sin deseo, sin hechizo, sin arte, sin sexo; remos, zancas, patas de ganado humano!

Tu castidad ¡oh mujer! que no es sólo carne, que es, más que todo, espíritu, pureza, idealidad, estética, hermosura, está, aunque no lo parezca, en relación con tus usos, tus gustos y — velo y adorno de la grosera materialidad — con tu vestir. Es inútil que ahora vuelvas la cabeza y el pensamiento. Es inútil que tu frivolidad disolvente quiera ilusionarte de inmaculada inocencia. Tu naturaleza, libre ya de sombras y recatos, desbordada en su masa y su levadura, te arrastrará fatalmente, si continúas por ese camino, al frenesí de la carne y a su goce, y en la carne te consumi-

rás. Porque aun en los casos en que sólo utilices tus piernas para caminar — su función natural — será en definitiva, para ir en busca de un hombre y un lecho!

Oh, pudor! Sagrado velo de la racionalidad, manto de la civilización, ropa inconsútil con que la inefable alma infusa busca tapar a la luz, la animalidad del cuerpo que la contiene, la crudeza de los sitios y los actos pudendos de la necesidad fisiológica, las miserias de la carne fea, vieja o decadente. El vestido es la demostración de ese pudor, y cuando el cuerpo se encuentra de pronto despojado de él, la carne, la preciosa carne de mujer, con gesto de castidad y de dolor se cubre con su sangre, se envuelve en la gloriosa púrpura del rubor!

Ante un retrato.

Cuando una mujer no tuvo la suerte de agradar a los dioses que dispensan los dones de la Belleza — sortílego tesoro — sonríe como supremo recurso, se adorna con la sonrisa heroicamente, cual un menesteroso que quisiera cubrir la miseria de sus carnes con harapos de seda. Y entonces, no siendo ni expresión seductora, ni complemento de armonía, ni espontánea expansión, más que sonrisa es una mueca, más que luz del alma es sombra

de la amargura inconsolable de su dueña, que sabe que por no haber recibido el dulce espíritu de las Gracias, nunca podrá sentir enteramente el inefable alborozo de la felicidad.

La igualdad con la mujer.

El hombre se resiste, y no sin razón, a reconocer la igualdad con la mujer. El dice: Quitadle a la mujer el tema del amor, y veréis que apenas si le queda un poco de belleza, de efímera e inexpresiva belleza. Quitadle lo mismo al hombre, y comprobaréis en cambio que tiene en sí y por delante un mundo de aptitudes y un infinito de posibilidades. El hombre es más porque es cabeza, eje, idea. La mujer es sólo su complemento, una parte, una suma de totalidad. El hombre crea, fecunda, siembra. Es señor. Dispone como capitán y como macho. La mujer—hembra, servidora, receptáculo — gesta, engendra, produce por colaboración, por ineludible mandato, por subalterna correspondencia, y en definitiva, por imposición orgánica del hombre, su íncubo y su compañero director, ya que no su tutor y su amo. Mas sin embargo de todo esto, dueña del amor y de su ara — toda su arma — la mujer es la reina del mundo. ¿Para qué quiere, entonces, la igualdad?

Los privilegiados.

Los grandes amadores rara vez han estado entre los grandes trabajadores, ni siquiera entre los trabajadores normales. Hasta para ser sublime en una de las más sublimes venturas humanas, es preciso espacio, lugar, tiempo, en fin, suerte y ociosidad. De lo que resulta que las supremas delicias del amor sólo son privilegio de los ricos (miel sobre hojuelas) o de los que en el mundo no han hecho nada — ningún mérito — por merecerlo.

Lunas literarias.

Los críticos necesitan de gente célebre para tomarla de trampolín de sus ideas y de sus elucubraciones. Por eso, deliberadamente, despreciándolos, no se ocupan de los escritores nuevos o de los mediocres, o de todos los que, faltos todavía de fama —¡y son legión! — no tienen el fulgor solar suficiente que les pueda hacer aumentar la poca entidad de su significación. Los pobres críticos son como lunas literarias, que precisan del resplandor ajeno para lucir.

Y así resulta que, confundida la escasa luz propia con la refleja, estos Aristarcos habilidosos, encaramados como simios sobre las

grandes espaldas de las vidas ilustres, van haciendo su truco y su mercado ante la admiración despampanada del vulgo, que no ve más allá de sus narices.

Babosas en las estatuas.

Sometido a tres necesidades de moralidad inferior, la necesidad de vivir, la necesidad del oficio, y la necesidad miserable de desahogar el yo envidioso, el escritor corriente y popular, el que tienen a sueldo los periódicos y las revistas, haciendo como que hace justicia y un noble y muy alto servicio, saca a luz de su respetable sombra, deslizada entre citas, elogios y reticencias, toda aquella pequeña vida pecadora o viciosa de los hombres que por obras o hechos famosos la gloria dió en la muerte una existencia inmortal.

¿Por qué viven gentes así?

¿No hay quien se oponga al mester de pillería de estos ruines deslucidores de la reputación?

¿No hay quien impida que se suban las babosas a las estatuas?

No es a tí.

> Para ciertos políticos de segundo orden, que faltos de escrúpulos, de ideales y de condiciones, han tomado la política como un medio de dar satisfacción a sus sensualidades.

No te engrías. No es a tí a quien reverencio, sino a la majestad del cargo que ocupas. El puesto no vale por tí, para el cual nada tienes ni nada has hecho que te haga digno de merecerlo. El te da todos los honores y todas las decoraciones, y aunque a tí no te parezca porque tu vanidad te ofusca y tu ignorancia te ensoberbece, te hallas en él como una tela inferior dentro de un marco suntuoso. Una suerte inmerecida te fué colocando los acontecimientos del lado más propicio, te señaló a cada minuto el escalón donde debías poner el pie, y tan predestinado eras, que aunque hubieses estado dormido, al cabo habrías despertado en la cumbre en que te hallas. Esa quizá fué tu impresión cuando abriste los ojos la primera mañana de tu soberanía. No recordabas que hubieras hecho un esfuerzo tan grande y tan legítimo que justificase aquella magnífica prebenda. Pero, después de todo, encaramado estabas y no ibas tú mismo a discutirte como cualquier ingenuo de esos que llevan bajo la cúpula de su cráneo un tribunal inflexible que se llama la conciencia. Lo que correspondía, pues, era desperezar tus ins-

tintos, dar puerta franca a tus vicios, y encender *a giorno* todas tus fatuidades. Y así lo hiciste. Y así lo haces. Hasta que un día una justiciera sanción te eche a puntapiés, o dejes de ser lo que has sido porque ya no sirvas al destino que te colocó en la altura. ¿Y qué has dado de todo lo que de tí esperaban? ¿Qué has hecho en bien de la felicidad común? ¿Qué cuentas puedes presentar al pueblo que costeó tus soldadas y tus viáticos? Sólo las cuentas de tus concupiscencias en el mando, de tus faustos y tus larguezas de pródigo con los dineros ajenos. Nada bueno has dado ni has hecho porque nada bueno tenías debajo de tu piel satinada de racional distinguido. Era inútil exigirte más, como es inútil pedir peras al olmo y agua a la fuente seca. No me indigna, después de todo, tu manera de conducirte, porque ella es el reflejo exacto de tu manera de ser. Si hubieras procedido de otro modo, hubiese creído en el milagro y en la fragilidad de la lógica. Lo que me desconsuela y me desespera en nombre de ese noble sentimiento de justicia que palpita en todos los corazones honestos, es que exista gente que haya consagrado tu estulticia levantándote por encima de los honrados y meritorios ciudadanos que valiendo más que tú, se anulan en el silencio del montón esperando inútilmente, con el puesto de honor, el reconocimiento de sus aptitudes y el premio a sus afa-

nes cívicos. Esa gente es la única culpable de la usurpación que haces. Ella es la responsable de tus sandeces y tus inmoralidades, aunque el pueblo que te paga no pueda acusar ni al uno ni a la otra: a tí porque tu vaciedad notoria te hace irresponsable, y a ella porque la defiende el anónimo comanditario. No creas, ¡oh espécimen de político logrero!, que te envidio. Sólo me das lástima, aunque a decir verdad, a veces, sin quererlo, me haces levantar iracundo los puños al impasible cielo!

Para ser libre.

El hombre puede ser libre, o por el desprecio de los bienes terrenales, o por la posesión suficiente de ellos para comprar su libertad. Lo que en realidad lo hace esclavo e infeliz, es no ser ni pobre ni rico en absoluto. El estómago no es un hueco grande ni exigente (su hambre es ciega) y a la felicidad se puede llegar por caminos diferentes: o por la ausencia de ambiciones, o por la plena satisfacción de las mismas.

El artista y el pueblo.

El sentimiento del arte, camino de lo bello, lleva a los espíritus a la calidad, a la selección,

a la aristocracia. Por eso los verdaderos artistas, aunque vivan entre el pueblo y como él — sencillez o falta de recursos — nunca se sentirán pueblo ni harán su arte para la democracia, que es plebeya por vulgar, que es inferior por grosera e ignorante. Al pueblo dadle el corazón todo entero, en forma de piedad, de caridad, de amor fraterno, pero el espíritu — el espíritu ¡esa luz inefable! — cuidadlo de él!

Sólo el arte.

La vida privada de un artista no existe para el mundo. Al mundo lo que sólo le debe interesar es su arte, no su vulgar existencia de hombre. A los que desprecian a un genio en su vida y en su obra, no por la calidad de ésta sino por su opinión política, sus vicios o sus pequeñas miserias morales, les falta sentido para comprenderlo, y por lo tanto, derecho suficiente para juzgarlo.

El arte es jerarquía.

El arte es el mejor exponente del grado de inteligencia y cultura de cada pueblo y de cada época. Por él conoceréis su jerarquía en la especie y su edad en la civilización.

Para soñar.

El arte se funda en la vida para soñar acerca de ella y embellecerla, no de belleza igual a la suya, que es, además de inimitable, monótona y vulgar por lo que tiene de molde y de conocida, sino de belleza imaginada, metafísica, irreal, de fantasía, y por lo tanto llena de sugestión y maravilla.

Edificada en el dolor de su vida.

El artista que quiera crear cosas bellas y perdurables — la eternidad también es belleza — deberá poner en la obra su propia vida, siempre que ésta se halle edificada con todo el dolor sufrido para su mayor pureza y perfección.

Difícilmente un gran artista.

Quien escriba teniendo en cuenta al público que lo ha de leer, podrá llegar a ser un buen escritor, pero difícilmente un gran artista.

Por no haberlo sido.

La obra de arte es bella no sólo por serlo, sino por no haberlo sido antes.

Las etapas del arte.

Para su perfección, la obra de arte necesita tres etapas: la de creación, la de crítica, y la de pulimento. Sólo después es que llega a ser "la obra de arte".

Autobiografía.

En el arte puro hay siempre una autobiografía espiritual, ya sea una idea, un ensueño, o una burbuja de lo subconsciente. Y, cosa increíble, hasta hay también, paralelamente, una historia fisiológica.

El escultor invisible.

Los hombres no son como quieren ser, sino como pueden ser. La suerte, como un invisible escultor de todos los momentos, los va modelando en fisonomías de cada minuto. Si tu vida o un pedazo de tu vida estuviera impresa en una película de cinematógrafo, te asombrarías y acaso te espantarías de que llamándote siempre Juan Pérez, hubieses sido tantas veces diferente.

Menos mal si en esa visión retrospectiva llegas a comprobar que desde lo miserable e in-

ferior has logrado ascender hasta la perfección, que si la película te demostrase que no has sido mejor, tendrías que ser un *détraqué* o un cínico encanallado para no morirte de desesperación.

El gran espíritu en la multitud.

A los grandes espíritus que la suerte ha llevado a la notoriedad, la sugestión de la altura les disimula sus defectos. A los grandes espíritus que no han podido subir, de nada les valen sus virtudes, porque confundidos en la multitud vulgar, precisamente lo único que se les ve son los defectos.

El hombre, intérprete de la materia.

La materia es una formidable madre ciega que fecunda como dormida en un sueño de eternidad. El hombre es el hijo predilecto que viene al mundo a "ver" por ella. A él le dió sus ojos y con sus ojos su alma y su pensamiento. ¿Habremos sabido ser cumplidamente, al cabo de la vida total, su intérprete y su lazarillo?

La verdadera vida.

La verdadera vida del hombre es su vida presente, vida en acción y vida en posición para "hacer" su vida futura. La vida ya vivida, es decir, lo que es su historia, esa es sólo esqueleto, residuo, y en sus tres cuartas partes, nada.

La vida hacia adelante.

Si tenemos imaginación y ambiciones, la vida es hacia adelante como un abanico infinito de caminos. Cuando somos apenas carne, no hay a nuestro alrededor más que sombra, dentro de la cual nos movemos todos los días, a ciegas, como bolilla de ruleta, brutalmente empujados por el azar, fuerza matriz del mundo. (¿La vida, no "se hace" como un *cocktail,* o como en un cubilete?)

Nuestra vida como unidad de especie.

Los seres humanos somos obras empezadas de proyección incalculable, que por tener breve la vida, nos vamos del mundo cuando apenas se han esbozado. Es posible que la obra Hombre "se haga" no individualmente, sino

por unidad de especie, por totalidad de la substancia que la forma, por superación sucesiva de sus generaciones.

Las monedas de la vida.

El pasado es una moneda que ha perdido su valor. El presente una moneda que se acuña. El porvenir, la moneda sin sello con la que empezarán a vivir los otros que vendrán.

Tormentas.

Cielo bajo y revuelto. Gritos de gaviotas que pasan. El aire es caliente y en ráfagas, y trae alientos de agua y electricidad, fuerzas en conmoción que fluyen del tropel de nubes grávidas que como madres en próximo alumbramiento, corren enloquecidas buscando un lecho en la inmensidad. Hay en el espacio una sugestión de tragedia, una sensación de acontecimiento, de estallido inminente, una crisis de elementos que se ve, se huele y se oye, en el cielo convulsionado, en el viento húmedo y ardoroso, en el coro de los ruidos que zumban en el vacío como un cósmico rumor. En medio de aquel febril estado de Naturaleza, el cuerpo anhelante, también Naturaleza, ensancha su vida, y el alma subli-

mada parece dilatarse en alas para volar. Algo semejante ocurre en las masas humanas, cuando grandes emociones o grandes anhelos reúnen a los hombres en la plaza pública. Así como en las nubes, es la agitación de los grandes alumbramientos.

Lo nuevo de la juventud.

Es encantador oír a la juventud por "lo nuevo" del espíritu de la especie que trae ingenuamente a la vida y a la de su congénere el hombre de las generaciones anteriores.

Venganzas.

El que no tiene escrúpulos se entrega por entero a sus sentimientos de venganza. El que los tiene, hace lo mismo siempre que pueda justificarse y quedar tranquilo con su conciencia. La moral es semejante, de baja condición, pero la del escrupuloso es peor, porque a la miseria de fondo debe agregar la de forma, el artificio trapacero de la hipocresía.

La envidia.

La envidia hará un diente afilado o un reptil ponzoñoso, mas nunca un verdadero

enemigo. Ella trae dolor pero no muerte. Es la bilis cruel, no la justicia punitiva; es la impotencia agresiva mellándose en la dureza de la fuerza inconmovible.

Razón y fuerza.

Al revés de Oscar Wilde, creo que si la razón bruta duele, la fuerza bruta duele más. Aquélla es amarga, pero tiene la justificación de su lealtad; ésta no tiene más ley que su peso, ciego, arbitrario, únicamente brutal.

Una bofetada moral.

Una bofetada puede doler más por su potencia moral que por su fuerza física. En ocasiones, una mano de mujer aniquila como una maza.

El más egoísta.

El matrimonio hace al hombre más egoísta porque ha ampliado su yo con su mujer y sus hijos.

Tierra prometida.

Cuando nace el hombre, nace rey de una tierra prometida. Mas todavía está por saberse si alguien ha logrado llegar a ella.

Una vela al Diablo.

Como piedra de toque de nuestra virtud, de cuando en cuando habría que encenderle, como un voto a Dios, una pecadora vela al Diablo.

La moda.

La moda es la fiel representación de nuestra veleidad y de nuestra superficialidad. Y también—horror para nuestro origen divino—formidable argumento en pro de la teoría darwiniana de nuestra descendencia.

El eco.

El eco es, a veces, el bello hijo de una madre monstruosa, y siempre — sellado en el cuño armonioso del aire y del sonido — una obra encantadora.

Los que "hacen" el estío.

La cigarra hace el día de verano y el grillo la noche. La una pinta la luz ardiente, el otro la sombra cálida y densa. Si alguna vez desaparecieran estos trovadores del estío, el estío habría perdido su color... de calor.

El sabio y el vulgo.

El sabio habla hasta fatigarse, y no lo comprenden. Porque el vulgo vive aturdido en el ruido del mundo, y como es liviano su entendimiento, no puede retener ni soportar las ideas, el extraño y agobiante gravitar de las ideas. Por eso es feliz con palabras huecas y lugares comunes.

Si insistes, te creerá.

Si quieres pasar por genial, insiste todos los días en una misma cosa, idea o arte, que aunque por extraña al sentido común y al conocimiento, sea por cualquier lado que la mires, el mayor disparate, a fuerza de oirte hablar de ella, el vulgo concluirá por creer que en realidad has creado algo prodigioso.

El autor.

—Es un verdadero escritor. Cuando está produciendo, sufre, habla solo, y está absorto, recogido en sí; tiene todas las apariencias del que ha sido tocado por los dioses.

—Todas las madres, al serlo, pasan por el mismo trance de parto. Sin embargo, unas paren tontos y otras genios. No importa que el gesto sea el mismo, si el valor del fruto es diferente.

INDICE

